



## EXÁMEN DEL MATERIALISMO MODERNO.

### IV. \*

PSICOLOGÍA EMPÍRICA.—BAIN, HERBERT-SPENCER.

Los transformistas que buscan para sus teorías apoyo en el lenguaje, pasan inmediatamente del estudio del organismo al de aquella manifestación del espíritu, no sólo porque es susceptible de observación directa, sino porque, como ya he dicho, afirman que el ascendiente inmediato de nuestra especie, llamado *Pitecantropos* por Haeckel, se convirtió en hombre por el uso de la palabra, que fué según ellos causa de notable desarrollo y de alguna modificación en su masa encefálica. En esto, como de costumbre, desconocen los transformistas las relaciones de causa-efecto, pues suponen que el desarrollo cerebral es consecuencia de la palabra, cuando lo contrario parece mucho más natural, siendo evidente, admitida la hipótesis materialista, que el desenvolvimiento y complicación del sistema nervioso ha de haber producido la perfección de las facultades psíquicas; la palabra las presupone todas, y los transformistas debieran por lo tanto haber explicado cómo llegan en el hombre á ser lo que son las facultades activas y pasivas, que otras escuelas atribuyen al espíritu; pero como la mayor parte de aquellos son meros naturalistas, se ocupan muy superficialmente en el estudio de los fenómenos psicológicos. Algunos, sin embargo, se han dedicado á esta materia, y partiendo de sus principios y guiados por su método, llegan á decir que el cerebro es una glándula que elabora las ideas como el hígado la bilis, y yendo aún más lejos, ha habido quien ha formulado su opinión en este aforismo: «sin fósforo no hay pensamiento.»

Los transformistas modernos asientan, como se ve, en esta parte de la ciencia, las mismas conclusiones que los materialistas de todos los tiempos, y sólo se diferencian de ellos algunos que, no confesando sus verdaderas convicciones, se limitan á explicar los fenómenos que siempre se han creído propios del espíritu, como si éste no existiera, empleando para sus fines los adelantos hechos por las ciencias naturales, y especialmente por la biología, en los últimos años, los cuales son grandes, sin duda, pero no bastan á satisfacer las necesidades científicas del espíritu humano.

En efecto, por más que el positivismo se empeñe,

\* Véanse los números 40, 41, 43 y 45, páginas 129, 161, 225 y 301.

el hombre planteará y tratará de resolver mientras exista los problemas que forman el contenido de la metafísica, no bastando que se le diga que son para él insolubles, porque nunca podrá creer que haya una necesidad intelectual que por su naturaleza sea imposible de satisfacer, pues aplicando las leyes de la analogía, verá que debe suceder con aquellas lo mismo que con las necesidades físicas, que todas tienen preparadas su natural y legítima satisfacción. El espíritu humano, por más que se intente vedárselo, tratará de averiguar qué es el *ser*, qué la *cantidad*, qué la *causa*, por qué todas estas cosas las concibe, y determina con mayor ó menor exactitud y tiene que suponerlas sabidas para alcanzar el más sencillo conocimiento; de la misma manera que tiene que admitir como existentes las nociones de espacio y de tiempo para percibir la sensación más elemental y primitiva.

Pero dejando este orden de consideraciones para cuando analice los métodos científicos que emplean exclusivamente la escuela positivista y sus análogas, que será al fin de esta obra, me ocuparé ahora en lo que creo fundamental, respecto á las doctrinas psicológicas de estas sectas, poniendo de manifiesto sus errores y el olvido en que caen de sus mismos principios al tratar estas materias.

Para el fundador del positivismo y para sus verdaderos discípulos la psicología no existe, ni siquiera se hace en sus libros mención de esta ciencia, que no es en su sistema más que un capítulo de la biología; y después de exponer á su manera el encadenamiento y la naturaleza de las diferentes partes del estudio de las *sensaciones* y de los *movimientos*, notando que estos dos órdenes de fenómenos no tienen entre sí vínculos directos, afirman que no pueden ser las únicas funciones animales, y suponen que hay una vitalidad intermedia que establece entre las ya dichas el lazo que debe unir las, y esta es la misión, según Comte, de las funciones afectivas é intelectuales que de ordinario se negaban á los animales, haciéndolas provenir de entidades metafísicas, esto es, del alma que no existe para los positivistas; otros las atribuían á diferentes vísceras antes que apareciese Gall, pero este fisiólogo, esclareciendo con luz vivísima esta importante cuestión, estableció y demostró, según Comte, la pluralidad y el carácter innato de las facultades intelectuales y morales, señalando á unas y á otras por único asiento el aparato cerebral; de modo que la frenología y craneoscopia son la psicología del positivismo.

Pero á medida que progresan la anatomía y la fisiología, resulta más claro que es imposible la localización de las facultades del espíritu en los diversos órganos del cerebro, pues los recientes experimentos de Mr. Ferrier distan mucho de este resultado, así es que la frenología está hoy abandonada por los biólogos y entregada exclusivamente á los charlatanes; sin embargo, los psicólogos de la escuela que podremos llamar inglesa, porque arrancando de Bacon y conforme á los precedentes de Locke, siguen á través de la escuela escocesa las tradiciones sensualistas más ó menos modificadas hasta llegar á Hamilton, revisando su carácter propio en las obras de Bain y de Hebert-Spencer, dan al sistema nervioso una importancia capital, y á mi ver excesiva, en la explicación de los fenómenos psíquicos.

Ambos filósofos empiezan sus tratados de Psicología por el estudio del sistema cerebro-espinal, y sobre todo Bain procede de manera que, aún después de establecer las diferencias esenciales que existen entre el espíritu y la materia, prescinde en realidad de aquel en la explicación de las facultades del alma; el solo título de sus obras psicológicas indica claramente su esencia, pues una de ellas se llama *los Sentidos y la inteligencia*, y la otra *Las emociones y la voluntad*; sería obra difícil dar idea cabal en un escrito de esta índole del contenido de unos tratados que no se distinguen por su método, y en los cuales, si bien se nota profundo conocimiento de la parte, por decirlo así, *material* del asunto á que están dedicados, falta por completo el espíritu especulativo; y los principios generales están ahogados en un inmenso cúmulo de pormenores.

Es sin duda importantísimo, y en lo sucesivo será necesario conocer lo mejor que se pueda el organismo animal y especialmente el sistema nervioso, que desempeña un gran papel en la función primitiva de la mera inteligencia, que no debe confundirse con la razón, pero de eso á convertir la psicología en un tratado de fisiología del sistema nervioso, hay mucha diferencia, y ésta ha sido la tendencia del materialismo y de las escuelas sensualistas, que no son más que el materialismo atenuado.

Bain explica, según los últimos descubrimientos, la anatomía y las funciones del sistema nervioso; éste en cuanto á su materia consta de dos elementos, la sustancia blanca y la sustancia gris, y una y otra, aunque en proporciones diversas, están compuestas de fibras que dominan en la sustancia blanca, y de células que abundan más en la sustancia gris. En general el sistema nervioso se compone de centros y de conductores, éstos están formados de fibras, y en aquellos además de las fibras hay células, de las cuales nacen y á las cuales conducen las mismas fibras. Los centros principales del sistema nervioso son el cerebro, el cerebelo, la médula oblongada y la espinal, de donde

proceden los nervios que presiden á la sensibilidad y al movimiento; y el gran simpático que preside á las funciones de la vida vegetativa.

El sistema nervioso obra como un aparato eléctrico, y más propiamente como una pila galvánica, cuyos polos son los centros nerviosos y cuyos conductores son los nervios. La fuerza nerviosa á que ya había llamado Fleurance fluido néveo, es una *corriente* eléctrica, y en opinión de Bain procede del sol como todas las fuerzas de la naturaleza, lo cual no pasa de ser una hipótesis aventurada y hasta extravagante; pues admitiendo la unidad de las fuerzas físicas, asunto de que ya me he ocupado, no hay razón alguna para creer que el sol sea el origen de esta unidad que tiene que ser superior á nuestro sistema planetario y á todos los que constituyen el universo, produciendo todas las formas que reviste la materia cósmica, á la cual debe ser inherente. Por tanto, dentro de estas doctrinas, yo creo que sería más exacto decir que el sistema nervioso es una manifestación, una evolución de la sustancia cósmica y de la fuerza que á ella va siempre unida.

Bain no cree acertada la opinión de los que calificaban el cerebro de sensorio común, y tiene razón, porque los fenómenos propios del sistema nervioso se verifican en varios puntos ó centros de dicho sistema, y además porque cada acto cerebral implica una corriente nerviosa alimentada por la sangre, que es el origen inmediato de este fluido. La única diferencia, si bien importante, que existe entre el sistema nervioso y una pila eléctrica, consiste en que en ésta los conductores no son activos, mientras que lo son los nervios aumentando la acción de la corriente y consumiendo su propia sustancia.

Este complicado aparato que, sin embargo, no es en opinión de Bain más que un instrumento de física, es el órgano general de las sensaciones, que son, para este psicólogo, «las impresiones mentales, sentimientos ó estados de conciencia que resultan de la acción de las causas externas en algunas partes, que, por esta razón, se llaman sensibles.» Además de vaga, esta definición es inexacta, ó por mejor decir incompleta, pues no puede comprender las sensaciones de la vida orgánica, producidas las más por afecciones que se verifican dentro del organismo. Siete especies de este género admite el autor, que ligeramente analizo: 1.ª la sensación de los músculos; 2.ª la de los nervios; 3.ª la de la circulación y nutrición; 4.ª la de la respiración; 5.ª la del calor y el frío; 6.ª la del tubo digestivo; 7.ª las sensaciones de los estados eléctricos.

Mucho habría que decir sobre esta clasificación y sobre el carácter de las sensaciones orgánicas; pero antes de hacerlo, debo advertir que Bain coloca en sección aparte y como *sentimiento* especial y fundamental el del movimiento, apoyándose para ello en que el movimiento precede á la sensación, y en que

la acción es una propiedad más íntima y fundamental del organismo que la misma sensación. Aquí se echa de ver la confusión que reina en toda especialidad científica á que no preside la especulación; en efecto, la acción y la sensación son términos correlativos, y no es posible determinar por tanto el que es anterior ó posterior; pero suponiendo que la sensación es pasiva, pues sus agentes son exteriores, resultaría que el organismo en contacto con la exterioridad es ántes pasivo que activo, y así lo han sostenido todos los fisiólogos, de los que se aparta Bain sin expresar la causa de su disentiendo, lo cual es una de las muchas inconsecuencias de su sistema.

Yo sé bien que la sensibilidad es á la par activa y pasiva, pero esto no me lo enseña la mera fisiología ni aún siquiera la psicología experimental, sino que lo demuestra la determinación de la idea en cuya virtud aparece el espíritu individual, en que lo subjetivo es al propio tiempo objetivo; pero la esfera de la pura sensación es anterior á este momento, como que es el tránsito natural de la vida al espíritu, y por tanto la antropología que debe empezar por el estudio de la sensación ha de considerar en primer término el estado pasivo del organismo, dejando para después el movimiento y la sensibilidad que le acompaña, aunque aquel no se considere obra de la voluntad sino mero producto de la acción refleja del sistema nervioso, justamente porque este producto es el primer momento de la *motilidad*, pues la impresión externa comunicada á un centro nervioso tiene que preceder á la reacción que, partiendo del mismo centro ó de otro centro contiguo, va á parar á los músculos determinando el movimiento.

Para que la confusión y falta de método sean todavía mayores, debo advertir que Bain no llama al resultado del ejercicio de la acción muscular *sensación* sino *sentimiento*, confundiendo de este modo esferas distintas del espíritu; y guiado por lo que representa la palabra sentimiento, da á la acción muscular caracteres físicos, intelectuales y voluntarios, es decir, que saca del ejercicio de los músculos todas las nociones propias de la naturaleza y del espíritu, lo cual sin duda es cierto, pero sólo ocurre cuando observamos el hombre en la plenitud de su ser complejo, mas no cuando estudiamos en su orden lógico (que no es igual al cronológico) las manifestaciones ó determinaciones de la idea que constituyen su esencia, en cuyo caso lo primero que debemos examinar son las sensaciones, pues, como dice muy propiamente Hegel, son el despertar de la idea; esto es, el primer momento del espíritu en la naturaleza; en pos han de venir los sentimientos, y entre ellos el primero la conciencia, que es el reconocerse del espíritu. Las sensaciones, que tienen por carácter el ser cualitativas y parciales, proceden de la unidad todavía indeterminada de la idea; y aunque en cada una está el espíritu total, lo

que da origen á una cualidad general del organismo que llamamos sensibilidad, tienen por su naturaleza que diferenciarse y especializarse. Algunos fisiólogos han dicho que la sensación en general es el tacto mediato ó inmediato; pero aunque en efecto la sensación sea el contacto de lo exterior con el organismo, esto no da idea de la realidad de la sensación que es algo más que el choque en la esfera mecánica, aunque lo presuponga, pues en el acto de sentir hay compenetración de lo exterior y de lo interior, ó por mejor decir, fusión de los dos momentos de la idea, si bien no completa como la hay en el conocimiento, del cual no es más que un antecedente ó elemento la sensación propiamente dicha.

Los sentidos especiales son el sistema de la sensación, y por lo tanto no se producen arbitrariamente sino que obedecen, en su manifestación y desenvolvimiento, á un proceso, empezando por el más indeterminado y general, que es el tacto, y concluyendo por aquel en que se verifica la compenetración más íntima de lo exterior con lo interior, que es el oído, el cual no sólo nos da la noticia de la interioridad corpórea, que es el sonido, sino que resuena en nuestra interioridad espiritual, produciendo la voz, que cuando se convierte en palabra es la manifestación natural del espíritu en su forma propia, que es el pensamiento.

La sensación se verifica entre determinaciones distintas, pero correspondientes de la idea, que es una y sola; por eso puede tener lugar, y así sólo se explica. En la psicología experimental, este primer fenómeno del espíritu es inexplicable, porque se nos presenta como una relación entre dos términos desconocidos, lo exterior que no sabemos lo que es, ni en qué consiste, y lo interior, que no cae bajo la jurisdicción de los sentidos. Así lo afirma explícitamente Herbert-Spencer, que califica de inconocibles la realidad externa y la mente. En vano se dirá que lo conocible son las relaciones que existen entre esos dos términos, pues entre dos cosas desconocidas no cabe que conozcamos relaciones, y por tanto la ciencia de la relatividad es un edificio sin base y sin coronamiento, es, mejor dicho, una fantasmagoría.

Descritos por Bain de la manera arbitraria que he dicho los sentimientos musculares, las sensaciones orgánicas y los sentidos, aborda inmediatamente el estudio de la inteligencia con la misma vaguedad é indeterminación, como se revela en la definición que da de este objeto, pues dice que la inteligencia es la facultad de pensar ó del pensamiento, confundiendo así cosas distintas, porque la inteligencia es una manera de pensamiento, pero no todo el pensamiento, lo cual no es indiferente. De esta confusión nace que sea un caos de hechos, una aglomeración desordenada de observaciones lo que se nos presenta como una especialidad científica. Según el mismo autor, «los atributos primitivo

ó fundamentales del pensamiento ó de la inteligencia, son la percepcion de la diferencia y de la semejanza y la retentiva; però ¿quién percibe y quién retiene? Esto es lo que no dice Bain, que se contenta con afirmar que no hay conciencia si no tiene lugar un cambio de estado, á lo cual llama ley de la relatividad. Como se ve, el estudio del sér que conoce, del sujeto, se omite aquí absolutamente; como que, segun ya hemos dicho y declara expresamente Herbert, lo que conoce nos es de todo punto desconocido, y lo único que sabemos es que, cuando tienen lugar dos sensaciones sobrevienen dos estados de la mente que comparamos notando su diferencia. Otros estados, que no son sucesivos y que sólo producen placer ó dolor, no son intelectuales, aunque de ellos tenemos conciencia, así lo dice Bain, sin que alcance yo á explicar el fundamento de esta diferencia; pues, en realidad, las impresiones que llamaré afectivas suministran datos al conocimiento lo mismo que las demas, aunque entre todas las que percibimos unas conduzcan más directamente que otras á darnos ideas de lo exterior.

En resumen, para Bain, la inteligencia no tiene más mision ni consiste en otra cosa sino en la facultad de percibir la relacion y en retener esta percepcion. Una impresion orgánica es una simple relacion primitiva é irreductible; esta relacion se compara con otra y nace una nueva relacion; el carácter de estas relaciones, su complejidad y la facultad de retenerlas forman la inteligencia. Como se prescinde de la esencia de la relacion y de la actividad que la establece, resulta de aquí una teoría completamente materialista, aunque no se confiese, pues, en suma, lo que se nos da como contenido de la inteligencia, consiste en lo siguiente: contacto del mundo exterior con los órganos, ó mejor, choque de dos cuerpos, que se llama sensacion, si uno de ellos es orgánico; comparacion de las sensaciones; retentiva, y por consiguiente reproduccion de ellas pasado el motivo que las determina. Sensacion, juicio, memoria, accion refleja de las impresiones, que es, actividad ó voluntad para estos psicólogos; tal es el cuadro de las funciones del sistema nervioso que se llaman mentales, y para las que los teólogos y metafísicos suponían la intervencion de una entidad á que llamaban alma ó espíritu. Es verdad que tambien la suponen Bain y Herbert-Spencer, pero siendo ilógicos, pues en su sistema no es necesaria su existencia y es un *quid* desconocido é incapaz de que le conozcamos. Véanse sobre este punto fundamental las propias palabras de Herbert-Spencer (1).

«Será bueno decir aquí, de una vez para siempre, que si nos viéramos obligados á escoger, en la disyuntiva de explicar los fenómenos mentales por los fenómenos físicos ó éstos por aquellos, nos parecería más aceptable lo segundo. El espíritu, tal como lo conoce

el que lo tiene, es un *conjunto circunscrito de actividades*, y la cohesion de ellas, en el conjunto á que pertenecen, pide (*postula*) un *quid* de que sean las actividades; pero las mismas experiencias que dan á conocer este conjunto coherente de actividades mentales, le hacen conocer simultáneamente actividades que no forman parte de ese conjunto, actividades situadas fuera y que no se conocen sino por sus efectos sobre aquel conjunto; las que, como lo prueba la experiencia, no tienen cohesion con dicho agregado, aunque la tienen entre sí. Como por su definicion estas actividades externas no pueden comprenderse en el conjunto de actividades que se designa con el nombre de espíritu, deben ser siempre para él *los correlativos desconocidos* de los efectos sobre dicho conjunto (espíritu), y no se les puede pensar sino en términos por él suministrados. Por consiguiente si el conjunto (espíritu) considera sus conceptos acerca de esas actividades que están fuera de él, como conocimiento de ellas; se engaña, pues no hace más que representárselas en términos del espíritu, y no puede hacer otra cosa. El espíritu tiene que admitir que sus ideas de materia y de movimiento, meros símbolos de realidades incognoscibles, son estados de conciencia complejos producidos por unidades de sensacion. Pero si admitido esto insiste en preguntar si las unidades de conciencia son de la misma naturaleza que las unidades de fuerza que distinguimos como externas, ó si las unidades de fuerza que distinguimos como externas son de la misma naturaleza que las unidades de sensacion, la respuesta, igual en el fondo, será que no adelantaremos nada concibiendo las unidades de fuerza externa como idénticas á las sensaciones, ó éstas como idénticas á aquellas. Es claro que si se consideran las unidades de fuerza externa como absolutamente desconocidas é imposibles de conocer, entónces explicar por ellas las unidades de sensacion sería explicar lo conocido por lo desconocido, lo cual sería absurdo; y si son lo que suponen que son aquellos que los identifican con sus símbolos, entónces la dificultad de explicar las unidades de sensacion por las unidades de fuerza es insuperable: si la fuerza, tal como existe objetivamente, es completamente extraña, en cuanto á su naturaleza, á la que existe subjetivamente como sensacion, entónces no es posible pensar la trasformacion de la fuerza en sensacion; es decir, que no se puede interpretar la existencia interna en términos de la existencia externa. Mas si por otra parte las unidades de fuerza, tales como existen objetivamente, son esencialmente, en cuanto á su naturaleza, las mismas que se manifiestan subjetivamente como unidades de sensacion, subsiste una hipótesis concebible. Cada elemento del conjunto de actividades que constituye una conciencia, no es conocido como perteneciente á la conciencia, sino por su cohesion con lo restante. Fuera de los límites de ese conjunto coherente de actividades hay otras

(1) *Principios de Psicología*, cap. I.

actividades completamente independientes de él y que no pueden entrar en él. Podemos imaginar que las actividades externas, por su exclusión del círculo de las que forman la conciencia, aunque de la misma naturaleza de éstas, toman un aspecto antilético, están separadas de la conciencia, y fuera de sus límites, le son extrañas y no están unidas á las actividades de la conciencia ni ligadas con ellas, como lo están entre sí; la conciencia no puede penetrarlas, por decirlo así, y por esto aparecen inconscientes, y se presentan bajo la naturaleza que se llama material, opuesta á la que llamamos espiritual. Sin embargo, aunque esto nos muestre que es posible imaginar que las unidades de fuerza externa son de idéntica naturaleza que las unidades de fuerza conocidas como sensaciones, no por eso logramos comprender mejor la fuerza externa. Porque, como ya se ha demostrado, suponiendo que todas las formas del espíritu estén compuestas de unidades homogéneas de sensación, agrupadas de distinto modo, semejante división en unidades nos deja en la incapacidad de comprender cómo puede consistir en ellas la sustancia del espíritu, y por tanto, aún cuando pudiéramos realmente figurarnos que todas las unidades de fuerza externa eran idénticas á las unidades de fuerza conocida como sensación, de modo que unas y otras constituyeran una sensibilidad universal, estaríamos tan lejos como ántes, y para siempre, de formarnos idea de ese *sensorio* universal.»

«Por consiguiente, aunque parezca más fácil convertir lo que se llama materia en lo que se llama espíritu, que lo que se llama espíritu en lo que se llama materia (esta última operación es verdaderamente imposible), sin embargo, la conversión no nos hace adelantar más que otros símbolos. Esos vagos conceptos que se nos dibujan en lontananza, son ilusiones evocadas por la falsa connotación de las palabras. Si en la expresión «sustancia del espíritu» vemos más que la  $x$  de nuestra ecuación, esto nos lleva inevitablemente al error, porque no podemos pensar una sustancia sino en términos que impliquen las propiedades materiales. Todo nuestro adelanto consiste en reconocer que nuestros símbolos no son más que símbolos y en atenernos á su dualismo exigido por nuestra constitución. Lo inconocible, tal como se nos manifiesta en los límites de la conciencia y bajo la forma de la sensación, no es menos impenetrable que lo inconocible que se nos manifiesta fuera de los límites de la conciencia y bajo otras formas; por lo cual no llegamos á comprenderlos mejor convirtiendo el uno en el otro. La forma condicionada bajo que se presenta el ser en el sujeto, lo mismo que la forma condicionada bajo que se presenta el ser en el objeto, no puede ser el ser incondicionado común á ambos.»

A través de lo confuso de la expresión, vemos que el punto de partida del sistema de Herbert-Spencer, es ni

más ni menos que el de la filosofía kantista: espíritu y materia son dos noumenos irreductibles é incapaces de ser conocidos; lo único que podemos conocer, son los fenómenos, esto es, las relaciones de lo interior con lo exterior; pero estas relaciones son obra nuestra y no es posible afirmar si corresponden á realidades externas ó internas; por tanto, el mundo y el hombre aparecen aquí como un fantasma que se agita en un conjunto de ilusiones.

Imposible parece que, desconociendo el camino andado por la especulación filosófica desde el escepticismo trascendental de Kant al subjetismo de Fichte, de esto á la identidad universal de Schelling, y de ésta al idealismo absoluto, se nos presente como un adelanto lo que es un inexplicable retroceso; en vano para disimularlo trata Spencer de crear una verdadera enciclopedia llenando el abismo que existe entre las dos incógnitas, que son el alfa y el omega de su sistema, con los elementos suministrados por las ciencias experimentales, porque lo que de esto resulta, es, que dando por no existentes esas incógnitas, aparece una doctrina meramente empírica, un positivismo que se apartará más ó menos del de Comte, pero que es en el fondo idéntico, por más que su autor haya protestado contra M. Janet, que, al hacer el juicio de algunas de sus obras, le coloca entre los partidarios y defensores de la doctrina positivista.

En efecto, examinando la psicología de Spencer, vemos que, prescindiendo de los dos términos que supone incapaces de ser conocidos, el espíritu y la materia, ó más propiamente el sujeto en sí y el objeto en sí, y partiendo de su teoría de la evolución universal, los fenómenos mentales se explican como meros fenómenos de la fuerza única, inherente á la materia asimismo única; el objeto inconocible comunica su movimiento propio al sistema nervioso, que siguiendo la ley isométrica del ritmo, lo trasmite á los centros de ese sistema donde el *quid* sujeto, imposible de conocer, produce otra fuerza igualmente rítmica que es el hecho de conciencia. En este punto, Spencer aumenta las dificultades de su sistema arbitrariamente, y es calificado de ilógico por los materialistas francos, porque ciertas experiencias ponen de manifiesto que no hay necesidad de admitir la fuerza independiente é inconocible que se llama sujeto, toda vez que las vibraciones del sistema nervioso comunicadas por los conductos aferentes á los centros, son reflejadas por los mismos centros de dicho sistema, como refleja un espejo el rayo luminoso, de manera que es una misma y sola fuerza la que produce el movimiento rítmico que constituye la impresión orgánica y la que produce el hecho de conciencia.

Desde el punto en que se afirma que el fenómeno psíquico fundamental es un simple movimiento, confíesese ó niéguese, se profesa un materialismo radical, y Spencer es en esta parte enteramente explícito, se-

gun puede verse en el § 86 de sus *Primeros principios*.

«Los cambios que se verifican en la conciencia, dice, no parecen á primera vista rítmicos; sin embargo, el análisis demuestra que el estado mental existente en un momento dado, no es uniforme, sino que se puede descomponer en oscilaciones rápidas, y prueba también que los estados del espíritu atraviesan largos períodos de intensidad creciente ó decreciente.»

Con semejante fundamento, fácil es formarse idea de la psicología de Spencer, cuya originalidad consiste principalmente en la manera de exponer su contenido, pero éste es idéntico al de todas las psicologías empíricas: el sistema nervioso es el principio y término de sus estudios, y por consiguiente, á pesar de los esfuerzos que hace el autor para constituir con tales elementos una ciencia especial, es lo cierto que no llega á producir más que un tratado más ó menos completo de la *fisiología* del sistema nervioso, sin otra novedad que la de llamar hecho de conciencia á lo que otros denominan impresión orgánica, y conservando el nombre de emoción que se adapta muy bien á la acción reflejada de los centros nerviosos, que es para los fisiólogos la esencia de lo que llaman voluntad los espiritualistas.

El error fundamental de estas doctrinas se revela claramente examinando con alguna atención cualquiera de ellas: en el largo párrafo que he traducido, que es el 63 de la *Psicología de Spencer*, y más particularmente en su final se nota con tanta claridad, que no se concibe cómo no lo echó de ver su mismo autor: entra allí, aunque de un modo accidental, en la esfera especulativa, como tiene que entrar, á pesar de todas sus protestas; el que quiera ahondar algo en el terreno de la ciencia, y dice, que «ni la forma condicionada del sér representada en el sujeto, ni la forma condicionada del sér representada en el objeto, pueden ser el sér incondicionado de ambos;» y yo añado luego, hay un sér de que ambos son las condiciones; en efecto, como tantas veces he dicho, sujeto y objeto son determinaciones, ó, si se quiere, condiciones de la idea, momentos de ella que se unifican en el conocimiento, el cual consiste en esta unificación, y sólo concibiéndolo así puede explicarse; pues admitiendo, como lo hace Spencer, la completa independencia y el carácter inconocible de ambos términos, no puede haber conocimiento, ni experimental ni especulativo.

Todo lo que he notado en la psicología y en las demás partes de la doctrina de Spencer, dimana, como he indicado ya, de la falta absoluta de espíritu especulativo que en él resplandece; su teoría general consiste en la presuposición de la fuerza y en su evolución, y desde luego se ve que en ellas van implicadas la materia y el movimiento; pero como ninguno de estos términos se han deducido, sino que simplemente han sido puestos, el sistema desaparece, como cae un castillo de naipes de un soplo, con sólo preguntar qué es y de dónde procede la fuerza.

Es la fuerza, para Spencer, movimiento y materia, y por lo tanto el concepto que de ella se forma es el de una categoría de la naturaleza, y por eso su doctrina es esencialmente empírica y en todo semejante á la que he expuesto en los primeros capítulos de esta obra, cuyos antecedentes están en la filosofía griega y que ya aparece con la misma forma de que la reviste el pensador inglés en la teoría del cielo de Kant y en la *Mecánica celeste* de La Place. Goethe extendió en cierta manera esta doctrina evolutiva al mundo orgánico, y de un modo especial y concreto explica el reino animal con esa hipótesis el autor de la *Filosofía zoológica*, habiendo renovado y puesto en boga Darwin estas teorías que varios paisanos suyos tratan de extender á todas las especialidades del conocimiento, pretendiendo hacerlo con gran aparato científico el mismo Spencer, según se colige de sus *Primeros principios*, y más especialmente de la *Estadística social* y de la *Introducción á la ciencia social* recientemente publicada.

Como he dicho ántes, la categoría de fuerza, meramente puesta y no deducida, es por lo mismo una hipótesis que no basta á explicar los fenómenos á que se aplica: la noción de sér, por lo mismo que es la más abstracta de todas, está en ella contenida, así como las de cantidad, cualidad, relación y causa, todas las cuales emplea Spencer de un modo arbitrario suponiéndolas á veces equivalentes y aún iguales, á veces distintas, resultando de esto una confusión verdaderamente caótica, como no puede menos de existir en toda ciencia á que no sirve de hilo conductor la idea y sus determinaciones lógicas. No habiendo pasado Spencer del momento de la *fuerza*, considerándolo único y absoluto, su sistema es un puro mecanismo, y por eso no puede comprender ni la cosa en sí ni el sujeto; la cosa en sí, no es ni más ni menos que lo que vulgarmente se llaman sus propiedades, y empeñarse en que hay en ella más que esto, es crear arbitrariamente un fantasma, pues esas cualidades son la forma del contenido de la sustancia, y el contenido es la forma envuelta, que por su propia virtud, mejor dicho, por la dialéctica inherente á la idea, se exterioriza; esto en la especulación, ó lo que es lo mismo, en la ciencia verdadera, es claro y evidente; la sustancia pasa á ser cosa y objeto en la esfera de la naturaleza, y en lugar de ser una incógnita es la luz que ilumina esta esfera de la realidad.

Una cosa análoga ocurre con el sujeto que, lejos de ser una incógnita, como supone Spencer, es, en su sentido más alto, el pensamiento que se conoce, ó lo que es lo mismo, el pensamiento del pensamiento, el espíritu desenvuelto y que contiene todas sus determinaciones; la idea real y concreta.

El sujeto es ante todo alma natural, en la que se verifican las sensaciones que son, como ántes he dicho, el despertar del espíritu; las sensaciones se con-

vierten en sentimientos, y la reflexión eleva estos estados del espíritu á la categoría de nociones, alcanzando por último el carácter de ideas, mediante la especulación: este conjunto sistemático de determinaciones se realiza en primer lugar en el espíritu individual, en el espíritu que existe en la naturaleza, y ese sistema de determinaciones constituye su fenomenología. Es, pues, evidente que todos los fenómenos psíquicos son por su esencia espirituales.

Mas para combatir el transformismo y las demas sectas empíricas en lo relativo á los fenómenos psíquicos, no necesitaría afirmar y demostrar cómo lo he hecho su naturaleza espiritual; me bastaría simplemente negar sus asertos, que son aseveraciones gratuitas, porque en verdad ¿qué fisiólogo ha podido demostrar hasta ahora que las impresiones ó choques del organismo se convierten en sensaciones en el cerebro ó en cualquier otro centro nervioso? ¿quién ha señalado el sitio y la manera en que tiene lugar ese hecho misterioso? ¿Será por ventura en la glándula pineana, como decían los materialistas del pasado siglo, ó en la sustancia gris como afirman los del presente? ¿Y es un mero cambio de movimiento la sensación? Suponiendo que lo fuese ¿quién lo determina?

Téngase en cuenta que la sensación es todavía un fenómeno de la mera animalidad; y aún admitiendo, lo cual es absurdo, que todo fenómeno psíquico pueda reducirse á la sensación, este es un hecho tan misterioso todavía, que Mr. Bernard, cuya autoridad no puede rechazar ningún positivista, dice que el explicarlo será el problema del vigésimo siglo. Pero la sensación no es más que la unidad y la totalidad de la vida que sirve de transición á la idea para llegar á ser espíritu; el sentimiento es ya una determinación puramente espiritual, y ¿cómo lo explican por medio de las propiedades de la materia y de las fuerzas de la naturaleza las escuelas empíricas? El sentimiento estético, el sentimiento de la justicia, ántes de revestir sus formas propias y determinadas, y de que se eleven á meras nociones, se manifiestan en el sujeto como condición de cualquier percepción de la belleza, y de formar juicio sobre la moralidad de cualquier acto humano ¿de dónde proceden, pues? De las determinaciones de la idea que constituyen la sustancia del espíritu. Otro tanto sucede con las funciones psíquicas, que generalmente se llaman facultades del alma; la percepción, la memoria, el juicio, la palabra, son atributos, como ántes se decía, ó más propiamente determinaciones sistemáticas del espíritu; esto es, forman un conjunto ordenado y unido por relaciones esenciales, porque, como ya creo haber indicado más de una vez, cada esfera de la idea es un sistema dentro del sistema general, que forman la realidad y la ciencia.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

## MISTERIOS DEL PASADO.

### APUNTES PARA LA HISTORIA FINANCIERA DEL REINADO DE FERNANDO VII.

#### I.

Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez:

Al escribir y al pronunciar el nombre de V., recuerda la memoria la honrada hospitalidad que otorgó á mi inteligencia cuando yo era un humildísimo estudiante de la Universidad Central. Ni me abonaban altos padrinazgos, ni la política recomendaba mis trabajos, ni mi nombre era conocido en la opinion; V., que tanto quiere á la juventud, fijó la mirada en mis pocos años, comprendió á la simple vista que la gratitud es el sentimiento más vivo en mi corazón, y todo el tiempo fué poco para adoctrinarme, como V. sabe hacerlo, en la ciencia del Derecho.

¡Con qué cariñosa solicitud me animaba al estudio! ¡Con qué ternura de afectos hacía comprensibles las dificultades de la práctica del foro! ¡Con qué santa paciencia y con qué resignación robaba las horas á perentorios quehaceres para ilustrarme, é ilustrar á otros compañeros, en el Derecho patrio!

Usted estaba ya cansado de haber sido ministro; usted tenía, y conserva, un bufete de todos envidiable; usted, como orador, era respetado en el país y en los tribunales de justicia. Pues bien, cuando el trabajo exigía descanso, cuando la inteligencia estaba fatigada de tantos y tan repetidos informes, V. tenía tiempo para honrarnos con sus consejos, con su experiencia y con sus lecciones.

¡Oh! si todos hicieran lo mismo, si los maestros enseñaran á los aprendices del saber con tanto entusiasmo, bien puede decirse que nadie echaría de menos aquellas nobles protecciones que los prelados españoles dispensaban en otros tiempos á los jóvenes escolares, escasos de recursos y de influencia, pero sobrados de voluntad y de entendimiento.

Desde entonces, Sr. Alonso Martínez, trascurrieron algunos, aunque pocos años. El escolar de aquella época, no es el estudiante de Derecho, sino el estudiante de Hacienda, y quién sabe si tendré que aprender otra nueva carrera ántes de llegar al término de la vida. ¡Siempre aprendiendo y siempre ignorando!

Ya sabe V. que el deber y la vocación nos llevan al exámen de las cuestiones económicas, harto graves y peligrosas en tierra de España. Entre las dificultades financieras del presente siglo, que no fueron pocas ni de escasa importancia, descuella sobre todas el segundo período de la restauración absolutista, ó sea el gobierno de los diez años, desde 1823 á 1832.

Los hechos ocurridos entonces se ignoran por las gentes con pasmosa facilidad. Se conocen los resultados, se leen las disposiciones, se saben las penurias

públicas; pero lo que no se conoce, ni se lee, ni se sabe generalmente es la relacion verídica de los sucesos y la agonía lenta que traspasaba el corazon y llenaba de amargura la inteligencia de un gran ministro de Hacienda, de D. Luis Lopez Ballesteros.

Entre los vivos existen dos insignes publicistas, honra de la España liberal, que recordarán las escenas íntimas de aquellos dias, no porque ellos estuvieran al amparo del poder, pues siendo, como eran, constitucionales, no podían estarlo, sino porque han hecho estudios especiales del reinado de Fernando VII. Aludo á D. Antonio Benavides y á D. Fermin Caballero.

Las historias nos suministran escasos datos; las biografías de los hombres de gobierno se fijan poco en las interioridades de la política; los escritos de entonces, sometidos á repetidas censuras, nada decían contra los que mandaban. Tuve que acudir á la amistad ajena y á la propia diligencia para encontrar manuscritos particulares y exposiciones ministeriales, de carácter íntimo y reservado, para decir á V. lo que pasó, económicamente hablando, en los años de 1823 á 1832, en aquel período de perfecta tranquilidad absolutista y de bienandanzas gubernamentales.

Con su permiso, Sr. Alonso Martinez, entro de lleno en la exposicion de los hechos, dejando para mañana el juicio crítico que estos mismos hechos merezcan á mi pobre inteligencia. V. juzgará en definitiva y sin apelacion.

El reinado de D. Fernando VII, bajo el punto de vista económico, estuvo expuesto á las mismas dificultades y á idénticos quebrantos que otras situaciones de carácter absolutista. Y es que el mal, cuando viene, se apodera lo mismo de los hombres que de las cosas, de los gobiernos que de las colectividades, sin fijarse en sistemas políticos ni en derechos de ciudadanía. Para remediarlo en lo posible influye mucho la intervencion más ó ménos directa del país y las facultades amplias ó restringidas de los poderes públicos.

Es un hecho evidente, fuera de toda duda, que la segunda administracion de ese reinado, ó sea la tolerada en España desde el año 1824 hasta 1833, la consideran los tradicionalistas como el modelo más perfecto de régimen gubernativo y como el ejemplo más notable de economía, de orden, de moralidad y de catolicismo. Por honrado tenían al gobierno del rey, honrado era el país; por santos tenían á los ministros, santos eran tambien los vasallos leales; en una palabra, el individuo, la familia, la nacion no rendían culto á las flaquezas humanas; ni el egoismo, ni la indignidad, ni las predicaciones liberales formaban iglesia en aquella docta Asamblea de arrepentidos pecadores.

Si nos fijamos, Sr. Alonso Martinez, en la gestion financiera y en los apuros metálicos de aquella época, veremos con cuánta ternura aceptaban los vasallos los mayores sacrificios, y con qué vocacion patriótica rea-

lizaban un dia y otro dia empréstitos y emisiones que entónces y más tarde habían de pagar los venideros.

Era una situacion tal, comparándola con las siguientes, que siente uno no ser devoto absolutista y no tener más años para regocijarse con la memoria de buenos gobiernos y de mejores administraciones.

Ya que el cielo se empeñó en que el autor de estas líneas viniera al mundo cuando el sistema liberal estaba en todo su apogeo, recordaré á V., Sr. Alonso Martinez, lo que V. habrá lamentado y lo que dejaron escrito los ministros de aquella época, conocidos entónces por secretarios de Estado y del despacho.

La regencia del reino que preparó el advenimiento del absolutismo y el triunfo de la restauracion, hubo de encontrarse sin recursos y con gastos exigibles que no admitían espera. Ante temerosas eventualidades, la Regencia contrató con el banquero Mr. Guehard un empréstito de 334 millones de reales, reembolsable íntegramente por series en el espacio de veinte años. Esta operacion, objeto de contrariedades sin cuento, prueba bien á las claras que el banquero se comprometió á obligaciones superiores á sus fuerzas. Verdad es que había contado con el auxilio de algunos realistas de fortuna, interesados en el triunfo de la legitimidad; pero éstos que contaban con la ganancia de un ocho y tercio por 100, y sobre todo, con la esperanza de recibir íntegramente en cortos plazos sumas de las que no desembolsaban más que los tres quintos, se suscribieron al empréstito por una décima parte, sin poder cumplir todos sus compromisos. Por otro lado, los banqueros de Lóndres, Amsterdam, Francfort y Paris, en el deseo de obligar al gobierno español á que reconociese los empréstitos de las Córtes, estaban unidos para impedir la circulacion de los nuevos valores públicos en las Bolsas extranjeras, hasta el punto que en la de Paris, segun afirma un ministro de aquella época, fué desterrado de ella, á fuerza de insultos y malos tratamientos, el capitalista encargado del empréstito de la Regencia, viéndose en la necesidad «de encallar en su empresa y de detener por consiguiente en sus pagas (palabras textuales), en gran detrimento del Real servicio.»

En tan críticos instantes fué llamado al poder el Sr. Lopez Ballesteros, encargándose de la Secretaría de Hacienda. Procuró este celoso hacendista, aunque en vano, que Mr. Guehard cumpliera su compromiso; hizo que el comisionado de la Regencia en Paris, don Joaquin Carresse, ofreciese el negocio á otros banqueros, sin resultado por su parte, hasta que algunos meses despues pudo adjudicar 200 millones á don Alejandro Aguado, dejando á Guehard los 134 restantes.

Vea V., Sr. Alonso Martinez, cómo en tiempos absolutistas no marchaban las cosas á medida del deseo de los gobiernos, y todas se volvían dificultades.

Repartida la carga del empréstito entre los banque-

ros Aguado y Guehard, pues uno sólo no podía llevarla, se esperaban inmediatos resultados; es decir, pronto ingresos para el exhausto Tesoro español. Pasaron días y más días, y nada se recaudaba ni nadie contribuía. En tal situación, dispuso el rey que saliese para París D. Javier de Búrgos, con objeto de remover los obstáculos que se oponían al cumplimiento de lo pactado, entre los cuales «el mayor, según Ballesteros, era la indicada coalición de los banqueros en las principales plazas mercantiles de Europa.»

Búrgos llegó á la capital de Francia á fines de Abril ó principios de Mayo de 1824, en los momentos que á fuerza de combinaciones había conseguido Aguado cotizar los nuevos valores del gobierno de la restauración, con la promesa formal, hecha por Carresse, de domiciliar en el extranjero el pago de los intereses de la deuda española, de carácter absolutista.

Esta promesa, hábilmente explotada; la serie de artículos encomiásticos mandados insertar por el gobierno de Fernando VII en los principales diarios de Francia, ¡admírese V., Sr. Alonso Martínez! respecto á los recursos nacionales y á la confianza que debían inspirar; el señalamiento de la casa del banquero Baquenaull para el pago del cupón de Julio de 1824 y otras *gestiones sagaces*, palabras del ministro, el empréstito real de España llegó en gran parte á emitirse en varias ciudades de Francia y Suiza, y en algunas de Alemania.

A pesar de esto, la comisión de Búrgos y su presencia en París, no fué del todo inoportuna. Iban transcurridos cuatro meses desde su llegada á Francia. Nos encontrábamos ya en Setiembre de 1824, cuando las casas de Rougemont, de Lowemberg, de Oppezman y Mandrot, y aún del mismo Aguado, ofrecieron quedarse con un nuevo empréstito (segundo ya en un sólo año) de 800 millones en títulos de la deuda consolidada.

Aprobadas por el rey las proposiciones, inscrita ya la emisión en el gran libro de la Deuda, hubo de aplazarse su cumplimiento por dificultades nacionales ó extranjeras. En tanto renacieron los apuros del Tesoro, los enemigos del gobierno absoluto «se quedaron dueños del campo, y nuevas hostilidades de su parte hicieron bajar rápidamente el precio de los valores que con tanto trabajo se aclimataban en el extranjero;» el crédito andaba por los suelos, y la nación se veía en un conflicto inminente, cuando el embajador de España en Francia, señor conde de la Puebla, y el encargado de negocios, marqués de Casa Irujo, acudieron al remedio valiéndose de una amortización ostensible que difundiera la esperanza, tranquilizase á los acreedores y lograra restablecer el curso del primer empréstito real Guehard-Aguado.

Consiguieron en parte sus deseos, pues con escasísimos recursos levantaron el crédito, que había de

producir fondos bastantes para el vestuario del ejército é indispensables para «las más urgentes necesidades de aquel período de estrechez y de agonía.»

Pero lo que no consiguieron por el pronto fué vencer la resistencia de los banqueros conjurados contra el gobierno absolutista.

Viendo la imposibilidad de negociar títulos de la deuda, se pensó, á propuesta del director de la Caja de Amortización, Sr. Vincenti, en la venta de vales, á fin de que circulando en el extranjero este papel, pudiera la Caja desprenderse del que tenía existente. En efecto, la Caja del Tesoro estaba *empapelada*, circunstancia bastante general en nuestra España, y sin recursos para conllevar las obligaciones más perentorias. Pero la dificultad, Sr. Alonso Martínez, estaba, no en la venta, sino en la Bolsa ó Bolsas en que había de verificarse. Era necesario hacerlo con gran sigilo, y sobre todo en el extranjero.

Vaya V. parando la atención y verá que los tradicionalistas incurren repetidamente en defectos que no caen los liberales.

Dada la orden de venta á D. Alejandro Aguado para que sacase al mercado de París los vales, y en el acto de cumplimentar este banquero el acuerdo de Fernando VII, impidió el conde de Villele, primer ministro del rey de Francia, que se anotase en el Boletín de la Bolsa el curso del nuevo papel.

¡Cuántas esperanzas defraudadas! ¡Cuántos trabajos perdidos! ¡Bonito papel desempeñamos, ó desempeñó entónces el gobierno!

A todo esto, era imposible reembolsar íntegramente á los suscritores el importe nominal del empréstito Guehard. ¿Qué hacer? ¿Cómo ocurrir á esta obligación nacional y absolutista?

La Regencia se comprometió á lo que no podía cumplir, defecto común que los partidos españoles suelen ostentar con más repetición que deseo. Era necesario salir del apuro, y para ello se buscó el procedimiento de convertir la deuda reembolsable en perpetua, mediante un aumento de 5 por 100 sobre los capitales. Al principio había demandas de conversión y presentaba buen aspecto el negocio, que después de todo era un aplazamiento indefinido de reintegro de capitales; pero el ministro, conde de Villele, después de mostrarse enamorado á la francesa del tal proyecto español, difirió por largo tiempo la orden para que el curso de la nueva renta se anotase en el Boletín de la Bolsa de París.

Al fin se consiguió la orden á costa de peticiones repetidas, pero la desconfianza había cundido entre los hombres de negocios, y la conversión del empréstito real se hizo difícil, sino imposible.

«Cada nueva combinación que se inventaba, era atacada con iracundia por los enemigos de España; y por coincidencia singular, y que parecía increíble, si no fuera conocida la ceguedad de espíritu de oposi-

cion, españoles, cuya lealtad no debía ser sospechosa, se asociaron también con aquellos, y tomaron parte en sus ataques.»

Estas palabras, no mías, sino del Sr. Ballesteros, revelan la oposición latente que ocultaba el gobierno absoluto y las dificultades que se oponían á su marcha.

Los murmuradores, porque entonces también los había, estimaban alto el precio del interés y consideraban exorbitante la comisión ó corretaje de los banqueros, señalando ante la opinión los nombres de los que se enriquecían con el Tesoro español.

Y estas murmuraciones tomaron cuerpo al ver en Madrid la serie de proyectistas, quebrados unos, perdidos los más, que ofrecían al gobierno dinero á cambio de condiciones determinadas y no se ocultaban de pregonar la deshonra de otros negociantes, sus rivales. Tales ataques, aunque rastreros, obligaron á D. Javier de Búrgos á pedir al rey su remoción (entonces las dimisiones no estaban en moda), que consiguió. Le sustituye en la comisión de París D. Alejandro Aguado, quien, en unión del director de la caja, Goicoerrotea, buscan medios para domiciliar en aquella Bolsa la renta perpétua española. A ellos se deben los recursos que utilizó el ejército durante los acontecimientos de Cataluña y Portugal. Con esos productos vivió el Tesoro, y por consiguiente las clases activas hasta 1827. Ya en este año el rey dispuso la venta de 150 millones de reales para las urgencias del erario, de los cuales sólo se enajenaron 135 y medio, á más de otros 100, que debían proporcionar 40 efectivos, para el Banco de San Carlos.

Operaciones de esa clase eran, como se dice vulgarmente, *pan para hoy y hambre para mañana*. Así es que en 1.º de Octubre de 1828 se firmó otro contrato, obligándose Aguado á tomar en firme 300 millones de reales, operación tanto más arriesgada, cuanto que Aguado era el único capitalista español «que se prestaba á servir en intereses de la monarquía.» Y eso que entonces, Sr. Alonso Martínez, no había republicanos en España.

Indudablemente fué temeridad en el banquero aceptar compromisos de tal importancia.

Al mismo tiempo un francés llamado Andriel y un inglés conocido por Night, apoderados de casas bancarias de Londres, ofrecían al gobierno en 1828 un préstamo de 80 millones de duros, en que los bonos de las Cortes hacían el mismo papel que en otros muchos proyectos ántes desechados.

La noticia del empréstito Aguado hizo subir la cotización en Bolsa de la deuda perpétua desde el 47 al 53, y los valores del préstamo Guebhard de 74 á 80. A pesar de esta mejora en las transacciones vursátiles y del mayor valor de nuestro crédito nacional, es lo cierto que los extranjeros Andriel, Night y conde de Croy se empeñaban en dificultar todas las operaciones, hasta el punto de que el gobierno, en Consejo de mi-

nistros, se vió en la necesidad de extrañar al último del territorio español.

El *Times* y el *Morning cronicle* en Inglaterra, y el *Courrier*, el *Constitutionnel* y el *Journal de Commerce*, en Francia, periódicos autorizados, atacaban por su parte al gobierno de Fernando VII, porque no satisfacía á los hacendistas sus atrasos y á los rentistas sus intereses.

A esto se añadía, que el mismo gobierno francés, en 1.º de Enero de 1829, anunció á los agentes de Bolsa, en medio de los parabienes del año nuevo, que advirtiesen á sus clientes del riesgo que corrían en adquirir valores españoles, procurando hacer menor la catástrofe que les amenazaba. Hecho gravísimo, que no admite explicación satisfactoria.

«Un gobierno, dice Ballesteros, con quien estuviese Vuestra Majestad en guerra, no hubiera hecho una hostilidad más calificada,» y tiene razón. Pero sólo el anuncio del gobierno francés, echando por tierra el crédito español, hizo bajar nuestros valores un 10 por 100 y trajo consigo la renuncia de D. Alejandro Aguado.

El Consejo de ministros se asustó ante la renuncia de su predilecto banquero, y procuró calmar su voluntad otorgándole la merced de título de Castilla. Esta recompensa, capaz de ablandar al realista más independiente, fué bastante para que continuara al frente de los negocios con activa perseverancia.

El gobierno contrató con Aguado, en Febrero de 1830, otro préstamo, dando los valores al 56 por 100, y hubo de reconocer la deuda contraída en Holanda en tiempo de Carlos IV, medida esta última de reparación nacional, ya que no se quisiera aceptar como reparación absolutista.

Cuando esto acontecía y los valores eran codiciados en Bolsa, sobrevinieron los sucesos de Julio en París, y de Setiembre en Bruselas, que perjudicaron nuestro crédito, haciendo bajar los títulos españoles en los mercados de Francia, Amberes y Amsterdam. Treinta y más por 100 bajaron desde entonces los fondos más sólidamente establecidos. Los españoles no podían menos de resentirse de esta situación; se sintieron, en efecto, y un acontecimiento de esta clase, repentino para ellos, aunque previsto para los liberales, destruyó en pocas horas las combinaciones de seis años.

Aguado viene á Madrid en Febrero de 1831, y su venida coincide con el decreto para la conversión de los bonos de las Cortes. Esta régia disposición mandó emitir una nueva renta de 3 por 100, admitiendo los bonos en pago de la 5.ª parte, con el objeto de «remover obstáculos que encontraba el crédito español y privar á los revolucionarios, ¡siempre los pícaros revolucionarios! refugiados en Francia é Inglaterra de los medios de inquietar el reino.»

Pero este deseo no se realizó más que en parte,

pues la mayoría de los tenedores de bonos prefirieron conservar los valores que llevarlos á la conversion. Y como quiera que de cada cinco partes sólo se admitían los bonos en una, resultaba que las cuatro restantes había de satisfacerse en metálico, ó sea un nuevo ingreso para el Tesoro.

¿Qué hacer entónces? La agricultura estaba aniquilada por la baratura siempre creciente de sus productos; la propiedad destruida por el deterioro progresivo de su valor, y, como decía Ballesteros, «sin industria, sin comercio, sin capitales, sin esperanza alguna de ver desenvuelta la prosperidad de que posee España todos los elementos, sería imposible cumplir empeños indefinidos, que se contrajeran nuevamente. La moral pública y privada se oponen igualmente á recurrir todavía al empleo del crédito para prolongar por seis ó doce meses más la agonía dolorosa de siete años.»

El ministro de Hacienda había calculado las sumas que debían pedirse al crédito para completar la obra de la restauracion, que eran unos 800 millones, ya para satisfacer los intereses y amortizacion del impuesto contratado por la regencia, ó de los que fuere necesario contratar, ya para extinguir en todo ó en parte el déficit anual del presupuesto, ya para atender á las necesidades extraordinarias de la organizacion del Estado, ya para devolver con creces á Francia los auxilios prestados á Fernando VII en 1823.

Pero esos cálculos no salieron exactos, porque ni los productos del empréstito de la regencia y del empréstito real han sido bastantes á cubrir todas las obligaciones, ni los ingresos ordinarios de las rentas adquirieron la extension necesaria para reembolsar sin gravámen las anticipaciones del crédito.

Fué preciso, pues, hacer alto en materia de deuda. Cerca de ocho años duraron los 500 millones que produjo líquidos la negociacion de los 800 inscritos en 1824, y los 334 contratados por la regencia, que hacen un total de 834 millones efectivos. Es de advertir, que dentro de ese período, en 1828, se realizó el célebre corte de cuentas, que trajo al Tesoro una nueva vida, clasificando las obligaciones en corrientes y atrasadas, y echando al olvido créditos cuantiosos contra el Estado.

A pesar de eso, la Hacienda no podía marchar. Ni bastaban los cortes de cuentas, ni las negociaciones, ni los recursos extraordinarios. Ballesteros se volvía loco por traer al Tesoro dinero y más dinero. Teníamos con Francia un empeño de 654 millones, y con la caja de amortizacion otro de 505; teníamos sin satisfacer todos los atrasos del presupuesto de gastos anteriores á 1828 y algunos de los años posteriores. Era una situacion abrumadora, difícil, llena de compromisos y escasa de recursos.

Ballesteros pudo conllevarla haciéndose superior á los ayes de los lastimados y á las lágrimas de los acreedores. Tuvo este honrado hacendista valor para el

peligro, inteligencia para el despacho, actividad para la resolucion, y si no siempre acertó, cúlpese á su buena fe, mas nunca á su malicia.

Estoy fatigado, Sr. Alonso Martinez. Permita usted que suspenda la tarea por unos momentos, y que mientras escriba mi nombre y ponga mi firma al pié de esta carta, diga con Alonso de Barros, poeta que floreció á principios del siglo XVII:

Y serán los duelos ménos

Medidos con los ajenos.

Nuestros duelos, con ser muchos, son menores, medidos con los pasados.

De V. afectísimo amigo,

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## LA EXPEDICION AUSTRIACA AL POLO NORTE.

Con provisiones para tres años salió la expedicion que vamos á narrar del puerto de Bremerhaven el 13 de Junio de 1872, á bordo del *Tegetthoff*, vapor de hélice de unas 220 toneladas, con 24 hombres de tripulacion, y llegó á Tromsøe, despues de veintiun dias de travesía. En Tromsøe tomó á bordo al capitán noruego Carlsen, como arponero y guía á traves de los hielos. El capitán Carlsen gozaba de gran reputacion por estar muy familiarizado con las dificultades de la navegacion en las regiones árticas. Habiendo completado su armamento, salió el *Tegetthoff* de Tromsøe el 14 de Julio, y tomó la direccion de Nueva Zembla. Algunos dias despues doblábamos el cabo Norte, y á fines de Julio veíamos el límite de los hielos á los 74° 15' de latitud Norte.

Desde entónces empezaron para nosotros inesperadas dificultades. Encerrados durante algunos dias en los hielos (primera semana de Agosto) logramos por fin salir de ellos y acercarnos á la costa de Nueva Zembla (75° lat. N.), pudiendo comprobar, á causa de las temperaturas constantemente bajas y de la enorme acumulacion de hielos, que el verano de 1872 formaba contraste completo con el del año precedente. Navegamos trabajosamente á lo largo de la costa, y sólo á la altura de las islas Guillermo encontramos un paso libre. Algo al S. de estas islas se había unido á nosotros el yacht noruego *Isbjørn* que llevaba á bordo al conde Wilczek y al comodoro baron Sterneck. El yacht había hecho la penosa travesía de Spitzberg, con objeto de establecer para nuestro consumo un depósito de provisiones en el cabo Nassau.

Los dos buques bogaron en conserva hasta las islas bajas de Barentz, donde las compactas ma-

sas de hielo nos impidieron el paso durante una semana.

El 16 de Agosto instaló el conde Wilczek el depósito en una estrecha quebradura de la roca, inaccesible á los osos blancos; y el 18 celebramos juntos la fiesta nacional á bordo del *Tegetthoff* (1).

Habiéndose producido algunos cambios favorables en el estado de los hielos el 21 de Agosto, nos despedimos del *Isbjærn*, y con un tiempo sombrío nos lanzamos hácia el Norte á realizar nuestra empresa. Nos separaban 2.000 millas del polo... Pero nos arrullaba vana esperanza. La misma noche éramos cogidos por los hielos que nos tuvieron cautivos dos largos años. En vez de exploradores á la descubierta, nos habíamos convertido en prisioneros de un banco de hielo, con el cual caminábamos.

El excesivo frío del otoño de 1872 aglomeró pronto en una sola masa compacta los hielos que nos rodeaban, masa en la cual no podían abrir pasó ni la sierra ni la mina. Durante los meses de Setiembre y Octubre el banco de hielo nos llevó hácia el Noroeste. La tierra había desaparecido por todos lados:

Esta situación, que por sí era ya bastante triste, fué horrible desde el 13 de Octubre, cuando las fuerzas de que éramos juguete salieron de pronto de su letargo, y nuestro buque tuvo que sufrir la terrible presión de los hielos que duró todo el invierno. ¡Cuántas veces se nos llamó sobre el puente para prepararnos á abandonar el buque si se rompía, y á lanzarnos en lo desconocido en medio de la noche polar! Pero el buque, en vez de romperse, se elevaba cada vez más sobre su línea de flotación, lo cual no impedía, en vista de su peligrosa vecindad, nuestras constantes alarmas.

De antemano habíamos hecho todos los preparativos en la previsión de una invérnada. El buque había sido despojado de una parte de su arboladura. El puente estuvo pronto lleno de nieve, mientras que el casco, encerrado en un parapeto de hielo, exigía continuas reparaciones. A proa del *Tegetthoff* se construyó con velas una tienda y otra á popa, dejando entre ellas el suficiente espacio libre para los trabajos siempre necesarios, en medio de un alerta continuo.

Gran dicha fué para nosotros que no nos afligieran las terribles borrascas de nieves que tanto nos habían hecho sufrir en 1869 y 1870 en las costas de Groenlandia cuando la segunda expedición alemana al polo Norte. Los perros (teníamos siete á bordo), habían sido instalados sobre el puente en grandes cajones con paja.

(1) El 18 de Agosto es el aniversario del nacimiento del emperador Francisco José.

Organizóse un servicio regular de guardia y de observaciones meteorológicas, bajo la dirección del teniente de navío Brosch, el abanderado Orel, el capitán Carlsen, el contramaestre Lusina y el maquinista Krisch. Los hombres de guardia eran relevados cada dos horas. La incertidumbre de nuestra situación exigía la presencia constante de una guardia sobre el puente, la cual estaba también encargada de avisarnos de la aproximación de los osos blancos, de los cuales matamos y comimos 67, durante el curso de la expedición. A pesar de esta bienhechora fuente de alimentación, el estado sanitario no fué, sin embargo, satisfactorio durante el primer invierno, y dió bastante que hacer á nuestro excelente doctor, el médico del regimiento Kepesy, cuya constante solicitud no impidió que hubiera casos de escorbuto y de bronquitis. El escorbuto, debido en parte al decaimiento moral, resultado de nuestra situación, y que no desapareció hasta que las cosas mejoraron un poco, y especialmente cuando comenzaron en el verano los penosos trabajos en los hielos.

El día 28 de Octubre había desaparecido el sol por ciento nueve días. Habíamos construido con carbon una choza cerca del buque á fin de tener un abrigo, si nuestro buque sucumbía á los asaltos casi cotidianos de los hielos; pero la víspera de Navidad, un movimiento de los hielos destruyó este abrigo eventual y nos felicitamos de que el accidente no fuera mayor, y de poder pasar juntos, sanos y salvos, las horas que en cualquier punto del globo en que uno se encuentre se consagran al recuerdo de la patria.

Llegó el primer día de 1873 sin que tuviéramos esperanza alguna de poder aprovechar este año. Continuábamos impulsados hácia el Norte y el Este, y casi habíamos llegado al 78° de latitud N., después de haber traspasado el 73 de longitud E. Suponíamos, pues, que iríamos á derivar sobre la costa septentrional de Siberia.

Pero no debía suceder así, porque los vientos empezaron á empujarnos hácia el Noroeste.

El sol reapareció por primera vez sobre el horizonte el 16 de Febrero, y el 25 del mismo mes la tortura de la presión de los hielos disminuyó de repente y fué debilitándose, después de haber formado un verdadero muro circular de arrecifes alrededor del buque, considerablemente elevado é inclinado á babor. El frío continuaba aumentando y llegó á su máximo (—37° R.) á fines de Febrero. Las auroras boreales que hasta entonces nos habían iluminado con incomparable esplendor, disminuyeron poco á poco de intensidad á medida que los días iban alargando.

En los primeros días del verano de 1873 creímos que nuestro banco de hielo se iba á liqui-

dar y de que nuestra libertad era inminente. Todo lo preparamos en vista de la realizacion de esta esperanza; pero pasaron los meses de Julio y de Agosto en el duro trabajo de aserrar el hielo alrededor del buque, siendo vanos todos los esfuerzos, puesto que el hielo tenía cuarenta piés de espesor y el casco del buque descansaba inmóvil é inquebrantable sobre esta capa de hielo. Habiendo bajado el nivel de la nieve y del hielo dos ó tres toesas durante el verano, el *Tegetthoff* se encontró á siete piés por encima de su flotacion normal, y como corría riesgo de inclinarse, procuramos evitarlo, apuntalándolo sólidamente con los mástiles.

Los vientos del Norte que reinaron en Julio nos habían hecho caminar algo hacia el Sur (por bajo del 70° de latitud N.); pero los vientos del Sur que soplaron durante el mes de Agosto nos condujeron de nuevo hácia el Norte. Dia por dia se desvanecía más nuestra esperanza de deshielo, aunque con frecuencia oyésemos á corta distancia del buque los crujidos característicos precursores de este fenómeno, y aunque á lo léjos veíamos líneas azuladas que denotaban la presencia de enormes grietas y charcos de agua. Pero estábamos destinados á no poder llegar á ellas.

Tristemente resignados, nos preparábamos ya á pasar la segunda invernada con la terrible presion de los hielos y sin resultados más felices para el término del nuevo invierno, cuando nuestra situacion se modificó súbitamente en nuestro favor. Hacía ya tiempo que flotábamos con nuestro barco en parajes donde jamás había penetrado el hombre; pero era en vano que nuestras miradas buscaran rastro alguno de tierras desconocidas. Por ello fué grande nuestra sorpresa é importante acontecimiento para la expedicion, cuando el 31 de Agosto advertimos de pronto, y á unas 14 millas marinas de distancia, tierras hácia el Norte, sobresaliendo de una capa de niebla. El límite Sur de la principal aglomeracion de tierras parecía encontrarse á los 80°. Al mismo tiempo vimos por primera vez alrededor de nosotros numerosas montañas de hielo flotante.

Todos nos precipitamos involuntariamente hácia aquel país desconocido; pero nuestro ardimiento debía encontrar pronto término en el límite de nuestro banco de hielo á una milla marina del buque, porque nos cortaban el camino de la tierra prometida innumerables quebraduras. Era verdaderamente un suplicio de Tántalo tener ante los ojos durante un mes un gran país desconocido, haber logrado hacer un raro descubrimiento en los anales de las exploraciones árticas y no poder alcanzar objeto tan ardientemente deseado. Nuestro buque continuaba flotando á

gusto del banco de hielo, y áun pudiendo salir de éste, sus compañeros le hubieran impedido el paso, siendo probable que se perdiera para siempre.

En los últimos dias de Octubre nos habíamos aproximado á tres millas marinas de distancia de una isla situada delante de nuestra tierra desconocida. Entónces cesó toda vacilacion; nos lanzamos sobre el hielo resquebrajado en mil sitios, y pusimos el pié en tierra firme á los 79° 45' de latitud N.

Una capa de hielo de un solo pié de gruesa, cerca de la costa, nos indicó la presencia de agua, procedente de tierra; pero es imposible imaginar isla más triste y desolada que la que acabábamos de abordar. Sólo la nieve y el hielo cubrían aquellos inmensos montones de ruinas. A pesar de ello la isla tenía para nosotros inmensa importancia, por lo cual le dimos, en la esperanza de ulteriores descubrimientos, el nombre de conde Wilczek, el promovedor de nuestra expedicion.

El 22 de Octubre nos abandonó el sol por segunda vez; pero aprovechando algunas horas del crepúsculo de la semana siguiente, emprendimos una excursion á distancia de diez millas marinas del buque, sin poder formarnos idea de la configuracion del país. ¿Era un archipiélago de pequeñas islas como el que teníamos ante nosotros? ¿Era un continente? ¿Los espacios blancos que veíamos en medio de las cimas eran glaciares? Todo esto conjeturábamos.

Nuestros esfuerzos se encaminaban á resolver estas cuestiones. Desgraciadamente la noche polar, que en el intervalo nos había envuelto, nos impedía explorar el país, y ántes de la primavera de 1874 los vientos del Norte podían hacernos perder de vista nuestro descubrimiento. Sin embargo, la fortuna continuó favoreciéndonos. La noche polar, que esta vez duró 125 dias; trascurrió sin causarnos los mismos terrores que la precedente. No tuvimos que sufrir la presion de los hielos y el buque continuó inmóvil, aprisionado siempre en el banco y á la vista de la desconocida costa.

Este aspecto que tomaron las cosas produjo el éxito definitivo de la expedicion. Reanimó hasta cierto punto la confianza, hizo la vida ménos penosa y facilitó las observaciones magnéticas, continuadas concienzudamente durante todo el invierno por los Sres. Weyprecht, Brosch y Orel. Este último fijó además, por medio de una serie de determinaciones locales, la longitud y la latitud de nuestro punto de invernada, que era á 59° de longitud E., y á 79° 51' de latitud N. Respecto á las experiencias de análisis espectral aplicado á las auroras boreales, cuyo brillo fué intensísimo durante los dos inviernos, el aparato que habíamos llevado de Munich fué un poco débil.

Durante el invierno de 1873 á 1874 cayó muchísima más nieve que en el invierno precedente. Los vientos del Norte, muy frecuentes, nos enviaban borrascas que duraban días enteros. Cuando llegó á su máximum la larga noche polar, fué imposible distinguir el día de la noche, envolviéndonos una oscuridad absoluta durante muchas semanas. Lá fiesta de Navidad la celebramos, sin ruidosas muestras de regocijo, en una casa de hielo construida sobre el banco. Despues el frío fué más intenso y, como el año precedente, permaneció helado el mercurio durante algunas semanas. Las visitas de los osos blancos eran también más frecuentes que en las otras estaciones, y se acercaban tanto al buque, que desde el puente podíamos matarlos.

Los sesenta y siete osos blancos que matamos nos proporcionaron 1.200 libras de carne fresca; es decir, el medio más eficaz de combatir el escorbuto. Además, los cuidados de nuestro médico, digno representante de Hungría bajo todos aspectos, y principalmente la influencia bienhechora de la vuelta del sol (24 de Febrero), preservaron á la mayoría de nuestros enfermos del peligro de largos sufrimientos. Esto no impedía que, á causa de haberse agotado muchos medicamentos, el estado sanitario de la expedición nos inspirase graves temores, si nos veíamos condenados á una tercera invernada.

Esta consideración, la triste certidumbre de que nuestro buque flotaría de nuevo todo el verano en su indisoluble banco, y finalmente la probabilidad, cada vez más admisible, de que el *Tegetthoff*, levantado como estaba, debería acostarse de un lado al fundirse los hielos, nos indujeron á tomar la resolución de abandonar el buque á fin de Mayo, é intentar volver á Europa por medio de las chalupas y los trineos.

Pero entre tanto habíamos decidido hacer grandes excursiones en trineos para explorar el país. El éxito de estas correrías dependía naturalmente del azar. Si el buque era arrastrado antes de la vuelta de los viajeros, éstos estaban perdidos y la tripulación á bordo notablemente disminuida. Pero la exploración y el estudio general del país misterioso que se extendía ante nosotros eran tan importantes para la expedición, que resolvimos intentar la aventura.

Estábamos en el mes de Marzo. El tiempo era malo, el frío intensísimo, y el calor del sol débil, aún al medio día, pero las circunstancias nos obligaban á apresurar la excursión. Por tanto el 10 de Marzo los tiroleses Haller y Klotz (1), los

(1) Estos dos montañeses del Tirol iban en la expedición expresamente para el caso de tener que hacer ascensiones.

marineros Catarinich, Lettis, Pospichel, Lukinovitch y yo abandonamos el buque, acompañados de tres perros. Provistos de un gran trineo, abandonamos en la dirección del Noroeste la costa de la parte occidental de nuestra tierra desconocida, subimos á los cabos montañosos *Tegetthoff* y *MacClintock* (2.500 piés) y atravesamos por el pintoresco *Nordenskjold-Fiord*, cerrado por una enorme pared de hielo, el borde del glaciar *Sonklar*.

El país donde penetramos no tiene rastro alguno de vida. Por todas partes se ven gigantescos glaciares en las profundas soledades de las montañas, cuyas masas se elevan en conos abruptos y en altas planicies. La roca dominante es la dolerita (1). Todo es de una blancura deslumbradora. Las planicies simétricas de las montañas hacen el efecto de colosales cristalizaciones superpuestas y formando series de columnatas. En ningún punto, y lo mismo sucede en Groenlandia, Spitzberg y Nueva Zembla, se presenta la roca con su color natural, lo cual debe atribuirse á la condensación de la humedad del aire sobre la superficie de las rocas. Esta humedad nos perjudicaba también para la apreciación de las distancias. El cielo, cosa rara, estaba completamente sereno.

La temperatura, excesivamente baja que reinó durante nuestra excursión, exigía de nuestra parte incesantes medidas de precaución. El termómetro descendió hasta  $-40^{\circ}$  R. (á la misma hora marcaba  $-37^{\circ}$  R. á bordo del buque.) El frío era especialmente sensible durante la noche, y sufrimos mucho al atravesar el glaciar *Sonklar*, á pesar de que apenas soplabá el viento. Nuestros vestidos estaban tiesos como nuestro cuerpo, y el rom fuertísimo que llevábamos, no sólo nos parecía haber perdido su fuerza, sino su estado líquido.

De vuelta en el buque el 16 de Marzo, hicimos inmediatamente los preparativos para una segunda excursión, que debía durar treinta días y tener por objeto explorar la extensión del país hácia el Norte.

Tres días despues perdimos uno de nuestros compañeros, el maquinista Krisch, víctima de una pulmonía tuberculosa que padecía de tiempo atrás y que se había complicado con un ataque de escorbuto. El cuerpo fué sepultado entre dos columnas de basalto, y sobre la tumba se puso una sencilla cruz.

El 24 de Marzo por la mañana nos poníamos en camino hácia el Norte. Componíase la expedición de Orel, los tiroleses Haller y Klotz, los marineros Zaninovich, Soussich, Lukinovitch y yo.

Desgraciadamente, nuestros atalajes de perros

(1) La dolerita ó dolerina es una roca primitiva formada de una pasta feldespática, sembrada de angita y de óxido de hierro.

se habían estropeado, y sólo pudimos llevar con nosotros tres de éstos fieles animales, que nos ayudaban á arrastrar nuestro gran trineo, cuya carga pesaba 16 quintales; los demás perros habían muerto ó estaban inservibles. Contra todo cuanto se preveía, la temperatura no fué inferior á  $-26^{\circ}$  R. durante toda nuestra excursion, pero las borrascas, la humedad y el encuentro de multitud de aberturas y de agua que sumergía nuestra vía, nos hicieron el viaje muy penoso.

El conjunto de las tierras que hemos descubierto es casi igual en extension á las islas Spitzberg. Estas tierras están formadas de considerables aglomeraciones cortadas por numerosos *fjords* y rodeadas de multitud de islas. La isla de este archipiélago, situada al E., ha recibido el nombre de *Tierra Wilczek*, y la situada al Oeste, el de *Tierra Zichy*.

Separa estas masas, en el sentido de su longitud, un inmenso estrecho, el *Austria Sund* que parte del cabo *Hansa*, dirigiéndose hácia el Norte y bifurcándose en el grado  $82^{\circ}$  de latitud N. por bajo de la *Tierra del príncipe Rodolfo* en dos brazos, de los cuales hemos podido seguir el de Noreste, que es muy ancho, hasta el cabo *Pesth* en el extremo Norte.

La dolerita es en todas partes la roca dominante. Los asientos horizontales de las rocas y las montañas que se elevan bruscamente en forma de conos truncados recuerdan mucho los montes de Abisinia, dando al paisaje un carácter especial. Bajo el punto de vista geológico, su analogía con la parte Noreste de Groenlandia es evidente. La altura media de las cimas es de 2.000 á 3.000 piés, y al Sudoeste, estas cimas ascienden hasta 5.000 piés. Todas las enormes depresiones entre las cadenas de montañas están llenas de glaciares de dimensiones colosales, que sólo el mundo ártico puede presentar á la vista. En pocos casos hemos podido apreciar por medidas directas el cotidiano avance de los glaciares. Montones de escombros de 100 á 200 piés de altura forman habitualmente el límite extremo de los lados. El glaciar *Dove*, en la tierra *Wilczek*, es tan ancho como el glaciar *Humboldt* en el canal *Kennedy*.

La vegetacion es infinitamente inferior á la de Groenlandia, Spitzberg y Nueva Zembla, y bajo este punto de vista, no puede haber en el mundo tierra más árida. Hemos encontrado con frecuencia maderas flotantes, la mayor parte de ellas muy viejas, pero nunca en cantidad considerable. El país, como puede suponerse, está inhabitado, y á excepcion de los osos, ni áun en el Sud hay rastro alguno de vida animal.

Hay muchos paisajes sumamente bellos que presentan todos los caracteres de las elevadas

regiones árticas, y pueden citarse entre ellos *Sterneck-Sund*, los montes *Wüllerstorff*, el cabo *Clagenfurt*, los cabos *Petersen* y *Kjerulf* y la bahía de *Lamont*.

Los viajes en trineo que hicimos nos convencieron de las dificultades con que tropezarían las futuras expediciones para buscar puertos de invernada, porque en parte alguna vimos sitios apropiados á este objeto.

La atmósfera, habitualmente perturbada por encima del hielo, nos hubiera impedido toda observacion durante nuestro viaje, exactamente hácia el Norte en direccion á *Austria Sund*, si no hubiéramos subido á las elevadas montañas, único medio de llegar á las más altas latitudes. Cuando escalamos sucesivamente el cabo *Koldewey* ( $80^{\circ} 15'$ ) el cabo *Francfort* ( $80^{\circ} 25'$ ) el cabo *Ritter* ( $80^{\circ} 45'$ ) el cabo *Kane* ( $81^{\circ} 10'$ ) y el cabo *Fligely* ( $82^{\circ} 5'$ ) nos fué en muchos casos dudosos, infinitamente más fácil la eleccion de nuestro camino.

Una capa de hielo compacta, mezclada con innumerables pedazos sueltos, se extendía ordinariamente de una tierra á otra. Esta capa era visiblemente de fecha reciente, cortada de distancia en distancia por grietas y anchas barreras de pedazos amontonados (*torossy hummoks*) que sólo podíamos atravesar mediante grandes esfuerzos y una gran pérdida de tiempo. A partir del cabo *Francfort*, nuestro camino seguía por soledades, cuya existencia no nos había revelado el viaje anterior.

Prescindiendo de detalles, en gracia á la brevedad, diré que, siguiendo por la inmensa isla *Salm*, llegamos al  $80^{\circ}$  de latitud el 26 de Marzo, y al  $81^{\circ}$  el 3 de Abril, y que, encontrándonos cinco dias despues á  $81^{\circ} 37'$ , tuvimos la certidumbre de haber llegado por tierra más cerca del polo que ninguna otra persona.

Al Sudeste de la tierra del príncipe Rodolfo habíamos entrado en un estrecho (*Sund*) de dimensiones gigantescas y que parecía deber abrirnos á lo léjos el camino del Norte, pero tropezamos con un caos de pedazos de hielo, empleando muchos dias en abrirnos camino por entre ellos, á costa de inauditos esfuerzos. La débil intensidad horizontal de la aguja imantada en estas altas latitudes nos inducía á error en muchas ocasiones.

Oponiendo cada vez barrera más infranqueable los montones de pedezos de hielo, cambiamos de direccion y volvimos á *Austria-Sund*. Hácia aquel punto, como en otras muchas partes, encontramos numerosos osos blancos, que matábamos con el acierto propio de quien diariamente se ejercitaba en hacerlo.

Pero nuestras provisiones se iban agotando, y

el tiempo disponible para nuestra excursión al Norte trascurría. Resolvimos, pues, partir el trabajo; es decir, separarnos y continuar la exploración á marchas forzadas, cada cual de su lado. El gran trineo y una parte de la expedición, bajo las órdenes del tirolés Haller, se quedó á 81° 38' al abrigo de una pared de rocas (el *cabo Schraetter*), mientras que Orel, Zaninovich y yo continuamos adelante con el trineo arrastrado por perros.

Nuestro objeto inmediato era atravesar en la dirección exacta del Norte la tierra del príncipe Rodolfo, que se extendía delante de nuestra vista; pero esto no podía hacerse sino atravesando el enorme glaciar *Middendorf*, que preveíamos sería de difícil acceso. Emprendimos, no obstante, sin pérdida de tiempo esta penosa marcha. Después de fatigoso viaje á través de una morena ó montón de rocas de muchas millas de extensión, que servía de muro al glaciar, llegamos, por fin, á la superficie del hielo; pero apenas habíamos andado un centenar de pasos, Zaninovich, los perros y el trineo desaparecieron en una quebradura, logrando salvarles á costa de los mayores peligros.

Dando una gran vuelta (doblado el *cabo Hæbermann*) llegamos al lado Oeste de la tierra del príncipe Rodolfo, de donde por tercera vez nos dirigimos hácia el Norte.

Un cambio extraño se verificó en la naturaleza. Por el lado Norte el cielo estaba pesado y de color negro azulado. Vapores de un amarillo sucio se amontonaban bajo la acción del sol. La temperatura se elevaba; la nieve se ablandaba bajo nuestros piés, y si anteriormente nos había sorprendido ya el vuelo de pájaros procedentes del Norte, nos admiró ver las paredes de las rocas de la tierra del príncipe Rodolfo literalmente cubiertas de pájaros. Innumerables bandadas se elevaban súbitamente y ensordecían el aire con sus gritos y el alegre batir de las alas: era la época de la incubación. Por todos lados encontrábamos pistas de osos blancos, de liebres y de zorros. Las focas estaban tendidas sobre el hielo. Por cierta que fuese nuestra previsión de estar en la proximidad de un mar libre, nuestras tristes experiencias nos hacían desconfiar de las seducciones de un *mar polar navegable*. A partir de este punto, nuestro camino era más seguro. No caminábamos sobre la capa de hielo del invierno, sino sobre delgado y fresco manto de una ó dos pulgadas de espesor, peligrosamente flexible y cubierto de pedazos, producto del anterior deshielo. Nos atamos todos con la misma cuerda, llevando cada cual un sólo bulto, y nos abrimos paso con ayuda de las hachas, sondando á cada momento el espesor de la nieve. Después de haber doblado el *cabo Alken*, verdadera pajarera donde todo se agitaba y can-

taba, llegamos á las dos columnas solitarias del *cabo Saulen*. Allí empezaba el mar libre ó navegable.

El punto de vista tenía una belleza sublime. Desde lo alto de una colina advertíase á lo lejos un mar de color azul sombrío sembrado de blancas perlas que eran otras tantas montañas de hielo. Pesadas nubes flotaban atravesadas de vez en cuando por los ardientes rayos del sol, que reflejaban en las aguas. Por debajo del sol se veía otro sol ménos brillante, y en lontananza parecían elevarse á enorme altura los glaciares de la tierra del príncipe Rodolfo, de color blanco rosado, al través de la bruma.

El 12 de Abril cesamos en nuestra expedición hácia el Norte. El día era más claro que los precedentes, y el termómetro marcaba —11° R. Nuestra marcha sobre la capa de hielo reciente, cerca del cabo Saulen, era absolutamente impracticable, viéndonos obligados á seguir la vertiente de la montaña. Queriendo explorar un campo de nieve escondimos nuestros efectos en la abertura de una roca donde no podían penetrar los osos blancos, y nos pusimos en camino. Al llegar á una saliente de la roca (el cabo *Germania*, á 81° 57') dejamos á la espalda nuestro trineo, y atados todos á una cuerda, seguimos la dirección de la costa hácia el Noreste, atravesando el campo de nieve y de hielo. Las enormes grietas hacían el camino cada vez más peligroso, y después de una marcha de cinco horas y seguros de haber llegado á la latitud de 82° 5' pusimos término á nuestra excursión en el punto que llamamos cabo *Fligely*.

El paisaje que se veía desde aquella altura era precisamente de los que, juzgados al través de opiniones preconcebidas, han dado ocasión á tantas controversias sobre la verdadera naturaleza de las altas regiones polares. Extendíase á lo largo de la costa una vasta cuenca llena de agua líquida, cubierta en diferentes puntos de una capa de hielo reciente, viéndose en el horizonte de Oeste á Noreste témpanos flotantes de medianas dimensiones. Sin embargo, considerando el período poco avanzado de la estación y el hecho de que en aquel momento el viento soplaba del Oeste, no había motivo para creer que aquel mar pudiera ser ménos navegable en el rigor del verano que los inmensos charcos, considerados como signo característico de la naturaleza del Océano polar. Pero el testimonio de una sola hora no basta para destruir las objeciones nacidas de tantas experiencias y pruebas en contrario. Aun haciendo abstracción de la resistencia del hielo reciente, lo que se ha podido comprobar es, que un buque que se encontrara en la punta Norte de la tierra

de Zichy, hubiera podido avanzar á diez ó veinte millas hácia el Norte; es decir, tan léjos como la vista permite reconocer los pasos á través de los enormes témpanos flotantes; pero ningun buque hubiera podido navegar las cien millas del Austria-Sund, y caso de haber podido, sólo hubiera encontrado más allá el hielo compacto.

A pesar de la brevedad de mi descripción, me he detenido algo en este punto, porque tiene grandísima importancia. Nada puede perjudicar tanto á los ulteriores progresos de la exploración de las regiones árticas, como los asertos lanzados á la ligera que, perturbando los ánimos y dando nuevo crédito á hipótesis ya condenadas, sólo sirven para preparar graves desengaños á los exploradores algo crédulos.

Más importante para nosotros que la cuestión ociosa de la navegabilidad de una parte lejana del mar glacial, era el hecho cierto de haber descubierto nuevas tierras que, llenas de montañas y atravesadas por un largo *Sund* (estrecho), habían podido ser reconocidas del Noroeste al Noroeste y hasta más allá del 83° de latitud Norte. En esta latitud hay un imponente promontorio: el *Cabo Viena*, el punto más setentrional de la tierra conocida, y que pertenece á esa tierra que la justicia y la gratitud nos han hecho denominar *Tierra de Petermann*.

Sin la pretensión de fijar una teoría relativamente á las tierras del polo, y sin defender que la tierra Gillis al Sudoeste toque á los países nuevamente descubiertos, puede establecerse que el desarrollo de las costas y el de los glaciares de este país, dan idea de una vasta aglomeración de tierras, y justifican así hasta cierto punto la hipótesis del doctor Petermann respecto de un archipiélago inter-ártico. Pero bajo el punto de vista geológico, el nuevo país presenta poca analogía con el grupo de las islas Spitzberg, y la tiene más bien, como ántes he dicho, con la parte Oeste de Groenlandia.

Lo notable es la presencia de innumerables hielos flotantes en todos los *Sunds*, mientras que no se encuentran más al Sud en el mar de Nueva Zembla. No se conocen hechos bastantes para invocar la acción de las corrientes, y sin embargo, la ausencia de hielos flotantes en el mar de Nueva Zembla autoriza la suposición de su marcha hácia el Norte.

En la lucha pacífica para agrandar el dominio del conocimiento de la tierra, las diferentes naciones enarbolan su bandera en el punto que es el cabo *non plus ultra* del momento. Esto es lo que nosotros también hicimos en el punto extremo de nuestro viaje al Norte, y el pabellón de Austria-Hungría ha flotado más cerca del polo

que los de todas las otras naciones. Después de esta ceremonia, depositamos en la abertura de una roca un documento atestiguando nuestra presencia, y determinamos volver á nuestro buque que estaba á 160 millas al Sur.

Gracias á las marchas forzadas y al ningun bagaje que llevábamos, exceptuando la tienda y las provisiones, pronto nos unimos á nuestros compañeros dejados á la espalda, y que esperaban ansiosamente nuestra vuelta. Después de haber atravesado los glaciares de la grande y bella *Isla de Ladenburgo* y doblado el cabo Ritter (80° 45'), observamos el 5 de Abril con inquietud, que el agua del mar impregnaba por todas partes la capa de nieve inferior, y que el tiempo amenazaba deshelo. Nos encontrábamos entonces por debajo de la embocadura del gran *Markham-Sund*. En el momento de acostarnos oímos claramente los crujidos de la presión de los hielos y el ruido de quebraduras que se verificaban á corta distancia.

Al día siguiente nos pusimos de nuevo en camino, y advertimos de pronto, cerca de las *islas Hayes*, que nos encontrábamos frente á un inmenso charco, cortándonos el camino, y cuyas aguas huían rápidamente hácia el Norte. ¡No teníamos barco para atravesar por él! La parte Sur de Austria Sund, se había transformado en un mar libre, y á treinta pasos de nosotros batían las olas las orillas del hielo.

Para colmo de desdichas, vino sobre nosotros una terrible borrasca de nieve. Volvimos atrás, y al cabo de dos días de penosísima marcha, logramos rodear el abismo, costeano enormes glaciares. Estábamos salvados. Finalmente, el 21 de Abril llegamos á Cabo Francfort y encontramos intacto el camino que debía conducirnos al buque.

Mucho inquietaba nuestro ánimo el temor de que el *Tegetthoff* no estuviera donde le habíamos dejado; pues el banco de hielo que le había aprisionado podía llevarle muy léjos de aquel punto... El buque estaba allí; en el mismo sitio donde le dejamos, al Sur de la isla Wilczek.

Consagramos algunos días al descanso de que teníamos gran necesidad, porque la desproporción entre las fatigas que habíamos sufrido y el escaso reposo de nuestros cuerpos había debilitado gravemente nuestras fuerzas, sin que pudiera compensarlo los suplementos de ración, debidos á la captura de ocho osos blancos durante nuestro viaje, arrastrando el trineo ocho ó diez horas por día y durmiendo sólo cinco.

A principios de Mayo, Mr. Broch, el tiroles Haller y yo hicimos un tercer viaje para explorar el Oeste, tomando el trineo y los perros.

A 40 millas del buque escalamos una alta montaña, el *cabo Brunn*, y pudimos juzgar que el país se extendía muy lejos por el lado de Occidente; nuestra vista alcanzaba próximamente hasta el grado 46 de longitud Este. El país estaba cortado por numerosos *fjords*. Las montañas tenían la forma de conos truncados. La más culminante, el *Pico Humbolt* tendría unos 5.000 pies de altura.

Por el lado Sur la mar estaba cubierta de hielo compacto y se extendía cuanto el horizonte abarcaba. ¡Triste perspectiva para nuestros proyectos de vuelta á la patria!

Terminada nuestra excursion y los trabajos de nivelacion hechos sobre el hielo por el teniente de navío Weypredet en la proximidad del buque, nuestra mision en las circunstancias dadas podía considerarse cumplida, y desde entónces todos nuestros pensamientos sólo tuvieron un objeto: la vuelta á Europa.

Empezamos por descansar todos: despues fuimos á visitar la tumba del compañero que habíamos perdido, y nos despedimos en seguida del país que, á fin de librarnos de humillante desengaño, había tenido el feliz capricho de regalarnos un banco de hielo para viajar.

El 20 de Mayo por la tarde los pabellones estaban clavados y empezábamos nuestro viaje de vuelta. Nuestro equipaje era muy escaso, porque las circunstancias nos obligaban á renunciar á toda comodidad. Cada cual de nosotros, además de los vestidos que cubrían su cuerpo, sólo llevaba una manta para afrontar el rigor de las noches. Nuestros medios de transporte consistían en cuatro canoas sobre patines y tres grandes trineos, con diez y siete quintales y medio cada uno de carga, provisiones, municiones, etc., con lo cual teníamos para tres ó cuatro meses.

Los montones de nieve nos obligaron primero á hacer hasta tres veces el mismo trayecto, por vernos obligados á dejar una parte del convoy á la espalda y á reunirnos en número bastante para que avanzase la otra parte. Despues, y al llegar al límite del hielo sólido, necesitamos esfuerzos inauditos para operar el transporte de trineos y canoas de banco en banco y atravesar las soluciones de continuidad del hielo. Por desgracia los vientos persistentes del Sur redujeron casi á la nada nuestros débiles progresos, de tal modo, que al cabo de dos meses nos encontrábamos á dos millas alemanas de nuestro buque.

Estábamos en el caso de preguntarnos, si despues de una lucha inútil contra invencibles obstáculos, no tendríamos que volver al buque para sufrir una tercer invernada, sin esperanza ya de volver á vernos libres de hielos.

Entre tanto el hielo se había hecho completamente compacto, y en varias ocasiones tuvimos que pasar semanas enteras sobre un témpano, esperando que se abriera un canal.

Por fin, en la segunda mitad de Julio, los vientos cambiaron al Norte, formándose canales y grandes charcos en medio de los hielos. Abundantes lluvias reblandecieron la nieve de modo que, en veinte dias, logramos adelantar 60 millas, con ayuda unas veces del hacha ó del arpon, y otras remando ó izando las velas. Durante el trayecto adquirimos la certidumbre de que ningun buque hubiera podido penetrar este verano hasta la tierra nuevamente descubierta.

A principios de Agosto el estado de los hielos nos hizo preveer que nos aproximábamos al mar libre, y esta prevision reanimó nuestras esperanzas. Es cierto que inmediatamente despues nos veíamos de nuevo aprisionados durante cinco dias. Nuestra libertad se verificó por fin el 13 de Agosto, y al dia siguiente llegábamos al límite de los hielos en la latitud admirablemente alta de 77° 40'.

Desde este momento nos creimos en salvo, y en efecto, sólo y únicamente al estado favorable de los hielos en aquella latitud debemos nuestra vuelta. La salida de los hielos ha sido el último acto de una serie de felices circunstancias, á las cuales debemos haber escapado de los peligros que nos amenazaban y á las que es preciso atribuir nuestro éxito.

Con el tiempo más bello entramos en el mar libre y bogamos á lo largo de la costa occidental de Nueva Zembla. El 18 de Agosto poníamos de nuevo el pié en tierra firme en la península del Almirantazgo, y el 24 (á los noventa y seis dias de viaje) encontrábamos en *Dunen Bay* la goleta rusa *Nicolaï* (capitan Féodor Voronine), que nos acogió con la cordialidad que distingue al pueblo ruso.

Costa fué la travesía hasta Wardoe, en Noruega, donde desembarcamos el 3 de Setiembre de 1874. A las tres de la tarde poníamos la planta en esta tierra hospitalaria con la satisfaccion que proporciona verse libre de tantas dudas y privaciones.

JULIO PAYER,

Jefe de la expedicion del *Teggethoff*.

## LOS MITOS ANTIGUOS.

## SERPIENTES Y PIEDRAS PRECIOSAS.

## I.

No hay persona alguna que, al visitar en una casa de fieras las jaulas destinadas á los reptiles, no experimente, en mayor ó menor grado, el sentimiento complejo de horror y de fascinación que produce la vista de estos monstruos con su lengua partida, su silbadora garganta y cuerpo constantemente retorcido. Parece que espontáneamente vienen á los labios las palabras de la maldición divina; y sin embargo, la mitad, á lo ménos, de cuantos se muestran dispuestos á repetir el anatema pronunciado contra la serpiente, llevan en alfileres, sortijas, brazaletes ó pendientes reproducido el animal que con tanta repulsión contemplan. La dama pone en sus dedos y el elegante en su corbata, una piedra preciosa engastada en la cabeza de una serpiente, cariñoso recuerdo acaso de un sér amado, convertido así en símbolo de perpetua adhesión.

La serpiente con un rubí entre sus mandíbulas ha sido siempre prenda de amor popular. En su origen fué, sin duda, un adorno que tenía una significación mística oculta, pero el joyero moderno que trabaja la figura del monstruo para adornar un dedo femenino ó una corbata de hombre, ignora que perpetúa una de las más antiguas supersticiones del mundo pagano.

De vivir el artista en remotos siglos, no hubiera empleado su talento en provecho de simples mortales y de sus adoradores; la forma venerada del repugnante reptil estaba consagrada á los dioses, y sólo adornaba la figura de las divinidades y las personas de los sacerdotes ó del soberano, considerado como sér divino. Acaso se le encargara formar un collar de piedras preciosas, pero sería para adornar el cuello de un reptil vivo. Este regalo no era entonces de un amante sino de un ferviente adorador del dios simbolizado por una serpiente bien alimentada.

Es, en efecto, una de las curiosas anomalías de la historia de la serpiente que en todos los países se la ha considerado siempre como sér divino, como símbolo de poder y de dominación, como reveladora de las ciencias ocultas, como guardian de tesoros escondidos, y como emblema de las divinidades bienhechoras, hasta el día en que, cambiando poco á poco de forma y de carácter para pasar al estado de dragon, se ha convertido, en las naciones cristianas, en atributo del pecado y personificación del demonio. Sin embargo, hasta en las primeras edades del cristia-

nismo la serpiente conservaba aún su carácter primitivo como símbolo del poder real: así se ve al famoso rey Arturo, modelo de caballeros cristianos, tomar por emblema, siguiendo á su padre, el pendragon Uther, el dragon de la gran pendragonia. El poeta Tennyson ha descrito al héroe legendario con un dragon de oro sobre su corona, llevando bordado en su túnica otro dragon de oro y apoyándose en un tronco formado de dragones entrelazados:

*And to his crown the golden dragon clung,*

*And down his robe the dragon writhed in gold.*

De este modo, con dragones sobre su cota de armas, figura el rey Arturo en el número de los caballeros cristianos que rodean la tumba del emperador Maximiliano en Inspruck.

Casi todos los pueblos antiguos han llevado el dragon en los estandartes, como sucede hoy en China, y los porta-estandartes se llamaban *dragones*.

Se lee en la *Enciclopedia Británica*, que «los romanos tomaron esta costumbre de los partos y de los asirios, llevando dragones pintados de rojo en las enseñas de sus ejércitos; pero entre los persas y los partos estos signos militares eran como las águilas romanas, figuras de alto relieve, de tal modo, que los romanos los tomaron á veces por verdaderos dragones.»

«Entre las serpientes, dice por su parte Owen, algunos autores antiguos colocan á los dragones, seres terribles y feroces de aspecto y naturaleza. Divídeselos en pedates y ápodos; unos provistos de piés y otros sin ellos; algunos tienen alas y otros ni alas ni piés.»

Segun Herodoto, hay serpientes que nacen con collares de esmeraldas, y en antiguos libros de historia natural se encuentran serpientes representadas con coronas sobre la cabeza. «Estas, dice, se encuentran así adornadas por la naturaleza en los desiertos de Africa.» Sin duda fué una de estas serpientes coronadas quien disputó á su hermano Alejandro el Grande la entrada en sus Estados, y mantuvo largo tiempo en jaque el ejército entero del conquistador. Y decimos «su hermano» porque el ilustre macedonio, y despues de él Scipion el africano, pretendian, segun se sabe, descender de serpientes, precioso parentesco que compartían con las poderosas tribus de la India antigua, de Africa y de América, hoy casi extinguidas segun creemos.

De cuantas páginas extrañas contiene la historia del mundo, la más curiosa y la más contradictoria es la que se refiere al reptil maldito.

Si se interroga la Biblia, encuéntranse las raras anomalías siguientes: el animal más venenoso presentado como emblema del que cura; el seduc-

tor de nuestros primeros padres propuesto como ejemplo de sabiduría á los cristianos. No es, pues, extraño que estas aparentes contradicciones hayan producido innumerables controversias, pero no nos ocuparemos de ellas. Suponemos que todo el mundo está hoy de acuerdo con Josefo, cuando el historiador judío afirma que «Moisés, hablando de los acontecimientos realizados el sétimo día, se dirigía á la moral.» Podemos, pues, presumir que la serpiente del legislador de los judíos es una serpiente moral, más bien que el monstruo imaginado despues por los escritores rabínicos, «quienes, dice Owen (1), pretenden que Satanás, cuando quiso tentar á Eva, fué hácia ella montado en una serpiente del tamaño de un camello» y probablemente deslumbradora de oro y de pedrerías como la describe Milton:

*With burnish'd neck of verdant gold crest.  
Amidst his circlnig spires, that on te grass.  
Floated redundant...*

La *Historia Universal* (1747) nos dice que la serpiente, cuyo cuerpo había tomado el diablo, no era de la especie ordinaria, sino algo análoga á la especie terrible que habita la Arabia y el Egipto. «Estos reptiles son de color amarillo cobrizo, y con el movimiento de sus alas y la vibración de su cola reflejan los rayos del sol, produciendo un efecto deslumbrador. Estas serpientes, llamadas en la Escritura *Serafines*, han dado su nombre á esos seres angélicos luminosos que ordinariamente se designan con la misma denominación, y es probable que los ángeles, cuando servían á Adán y á Eva, tenían por costumbre revestir ciertas formas espléndidas: unos la forma de querubines ó toros volantes, y otros la forma de serafines, serpientes aladas y brillantes (2).»

Es cierto que haciendo á la serpiente el revelador de la ciencia oculta, Moisés adoptaba un símbolo fácil de ser comprendido por los israelitas despues de su permanencia en Egipto, donde la serpiente era adorada largo tiempo ántes del nacimiento de Moisés como el emblema de Kneph, Anubis ó Noum; el dios de la cabeza de carnero que se supone ser el prototipo de Osiris y del Júpiter Ammon de los griegos, fuente de todo saber y de toda civilización. Los hebreos pudieron también hacer conocimiento en Egipto con la gigantesca serpiente Apophis, muerta por Horus, emblema del mal y origen evidente de la serpiente python de Apolo, de la que Hércules, niño, ahogó en su cuna, y de la que fué muerta por Kristna en la India.

«Los egipcios, dice Owen, dividían las serpientes

en buenas y malas, haciéndolas emblemas del bien y mensajeros de venganza.»

Este doble carácter se encuentra en casi todos los pueblos, y particularmente donde se extendía la influencia egipcia. Sin embargo, y por extraño que parezca, el carácter maligno atribuido á este animal es, en nuestra opinión, de más reciente fecha, pues la primera idea que se formaba de este reptil tan temido, era la de un emblema personificador de todos los dioses buenos y bienhechores.

Tylor dice sobre este asunto:

«No está completamente probado que las razas salvajes en todas sus concepciones místicas de la serpiente, hayan tenido jamás la idea, tan familiar á nosotros los europeos modernos, de hacer de este ser la personificación del mal.»

Y añade:

«Las serpientes ocupan un lugar importante en las regiones del mundo conocido, como encarnaciones, emblemas ó símbolos de los grandes dioses. Así se ven los crócalos ó serpientes de cascabel adoradas por los Natchez en el templo del Sol; la serpiente consagrada al dios azteca Quetzalcoatl, la serpiente conservada y alimentada con leche en el templo del antiguo dios slavo Potrimpos; la serpiente símbolo del dios bienhechor Asklepios, que habita en el cuerpo de enormes serpientes mantenidas en sus templos; la serpiente fenicia que se muerde la cola, doble símbolo del mundo y del dios del cielo Taaut que en su primitiva significación representa probablemente un mundo mítico, como el gusano escandinavo Midgard, pero que más tarde fué adoptado como emblema de la eternidad.»

En todos estos ejemplos, la serpiente es el símbolo de los dioses adorados, principalmente como bienhechores de la humanidad, y á estos dioses se puede añadir el dios caldeo Hea ú Hoa, fuente de toda ciencia, que es representado en las piedras negras de Babilonia bajo la forma de una gran serpiente. Volviendo la vista á la India, encontramos á Vichnu, el dios conservador que duerme durante largos períodos entre sus avatares en un lecho de serpientes, cuyas cabezas forman sobre él un dosel protector: además, uno de sus avatares ó encarnaciones, dedicado á la conservación del mundo, tenía la forma de una serpiente. Allí encontramos también el ojo de Brahma rodeado por Agathodémon, el dios bueno, bajo la forma de una serpiente.

«En la mitología india, dice Mauricio, (*Historia del Indostan*) el rey de los Assurs ó demonios se llama Naga, ó rey de las serpientes. En su sentido primitivo, esta palabra significa divino, y por tanto, las serpientes de cierta clase (porque

(1) *History of serpents.*

(2) *Universal History* (1747).

siempre se las ha dividido en dos clases distintas), han sido consideradas desde tiempo inmemorial en toda Asia como animales sagrados que tenían en su naturaleza alguna cosa profética. Sus cuerpos han sido siempre escogidos para vivienda habitual y favorita de la divinidad, y todas las estatuas de los dioses indios de Elephanta están rodeadas de serpientes, como señal de su divinidad.»

En Persia, Ormuzd y Ahrimanes, el principio del bien y el principio del mal están representados bajo la forma de serpientes. Conocido es el puesto que la serpiente tiene en las mitologías de Grecia y Roma. Era el emblema de Esculapio, el dios de la medicina, hijo de Apolo, del mismo Apolo que, sin embargo, había muerto á la gran serpiente Python; de modo que también aquí se encuentra el doble carácter del reptil. Athena ó Minerva lleva la serpiente con sus dos caracteres; adorna la persona de la diosa como emblema del principio divino, y figura en su escudo como parte de la cabeza de Gorgonia para aterrar á sus enemigos. Es probable, sin embargo, que en Etruria, en Grecia y en Roma, á la serpiente se la considerase más bien como un ministro del destino, que como un dios, aunque se tiene noticia de la gran serpiente defensora de la ciudadela de Atenas, que alimentaban mensualmente con pasteles de miel, y también de una gran serpiente que, enviada por Epidoro á Roma á causa de la peste, se escapó del buque y fué á establecerse en una isla del Tiber, donde levantaron un templo á Esculapio.

La serpiente escandinava parece, por causa inexplicable, estar casi completamente afecta al mal. En el Nifelheim (el infierno), roe las raíces del árbol de la vida y encierra en sus anillos toda la tierra que, en caso de necesidad, destroza.

El carácter maligno de la serpiente mítica escandinava, comparado con el de la serpiente de la India y de Egipto, es tanto más notable cuanto que Noruega es un país casi privado, si no lo está completamente, de serpientes venenosas, mientras que las serpientes veneradas en otros países, en vez de ser de las especies inofensivas, son en general de las más peligrosas. Así sucede con la cobra, que es el emblema de la divinidad en la India, con la víbora cornuda en Egipto, con el *crótalo* en América, y el hecho parece tanto más extraño al pensar que estos reptiles, de mordedura mortal, son los emblemas del dios de la medicina.

Pero el atributo de la serpiente que queremos, sobre todo, señalar aquí, es el que la hace guardian de tesoros enterrados y revelador de la ciencia oculta, relacionándola, por tanto, con las piedras preciosas. Con el nombre de «piedras precio-

sas,» no sólo comprendemos las gemas, sino también las piedras que, por varias causas y en diversos tiempos, han sido declaradas preciosas. Dividiremos, pues, las piedras: 1.º en gemas, 2.º en piedras esculpidas, 3.º en piedras sagradas.

## II.

Las relaciones entre las serpientes y las piedras que forman la primera parte de nuestro estudio son familiares al lector. Los cuentos que han deleitado nuestra infancia están llenos de dragones gigantes guardando inmensos tesoros y teniendo prisioneras virtuosas princesas, que valientes caballeros libran más tarde, casándose con ellas y apoderándose además de los tesoros. El tipo de esta leyenda de la Edad Media es el famoso *Nibelungen Lied*, alemán, en el cual el héroe Siegfried, después de matar al gran dragón carcelero y de bañarse en su sangre, lo cual le hace invulnerable, se envuelve en un vestido que le confiere el don de la invisibilidad y echa mano á un inmenso tesoro, propio de una raza de enanos (*Nibelungen*), destruida por él, gracias á su valor; gracias también á las riquezas y á los dones preciosos de fuerza y de invisibilidad, así conquistados, el valiente caballero se casa con Kriemhilda, hermana de Gunter, rey de Borgoña, matrimonio que ocasiona una serie de homicidios y males referidos en el curso de este espantoso relato.

El origen de todos los cuentos de la Edad Media, donde se ven dragones encargados de la guarda de tesoros, asciende evidentemente á la fábula de las famosas manzanas de oro del jardín de las Hespérides, de las cuales se apoderó Hércules, matando al dragón que las defendía. Pero se consideraba á la serpiente como guardian de tesoros ocultos en época muy anterior y en países muy lejanos, y sólo cuando el cristianismo dominante enseñó que la serpiente era emblema del mal, las buenas cualidades atribuidas ántes simultáneamente al reptil y á la piedra preciosa se transfirieron del guardian á la cosa guardada, y las piedras preciosas empezaron á ser consideradas en los países cristianos como seres sensibles, llenos de ciencia y de poder, y teniendo la facultad de preservar de todos los males á las personas que las llevaban. El dragón, por el contrario, pasó al estado de animal venenoso, lleno de malignidad, de perversos deseos.

Esta idea de las propiedades maravillosas de las piedras, parece remontar á las primeras tradiciones hebraicas, pero se encuentra también en la India, por ejemplo, en la historia de la piedra de Syamantaka, contada por M. Speir:

«Un rey, llamado Strajet, tenía el privilegio de estar en relaciones personales íntimas con el sol,

que se le aparecía en la forma de un enano, con los ojos rojos y el cuerpo de color de acero bruñido. El enano regaló al príncipe la piedra preciosa que llevaba al cuello, la cual le procuraba ocho cargas de oro al día y alejaba los malos presagios, las fieras, el fuego, los ladrones y el hambre; pero que era mortal para quien la llevaba sin ser virtuoso (1).»

Imposible es saber la lejana época á que asciende en la historia del mundo el uso de llevar piedras preciosas. Encuéntrase en las tumbas y en los túmulos de la mayor antigüedad, y su uso precedió probablemente al de los metales preciosos ó fué contemporáneo. El amor á los adornos es inherente á la humanidad. Las naciones más bárbaras se muestran tan ávidas de ellos como sus hermanas las más civilizadas. No cabe duda, por tanto, de que las piedras brillantes encontradas en las cavernas y en los ríos se buscaban con grande afición. El perseverante trabajo empleado en agujerearlas y en pulirlas sorprende y maravilla. Mr. Tylor nos dice que esta operación la hacían con arena, agua y una varilla puntiaguda que removían rápidamente con las manos. La lentitud de este procedimiento exigía la existencia de un hombre para agujerear una piedra preciosa, y de este modo se explica el encontrar en los túmulos piedras medio agujereadas, enterradas con los que las trabajaron; por ser sus más preciados bienes.

«Tanto llamó la atención á Humbolt, añade, la vista de cilindros de piedra durísima perforados y guarnecidos de animales y de frutos en la América del Sur, que los creyó restos de una antiquísima civilización que había desaparecido. Cita particularmente las esmeraldas agujereadas y esculpidas encontradas en las cordilleras de Nueva Granada y de Quito. Los habitantes de estas comarcas tienen hoy una idea tan imperfecta de la posibilidad de labrar piedras duras, esmeralda, jade, feldespató y cristal de roca, que creen la piedra verde naturalmente blanda cuando se la descubre en el suelo y que endurece después de haber sido trabajada por el hombre (2).»

Los antiguos atribuían numerosas virtudes á las gemas, y las consideraban ofrendas agradables á los dioses. Todas representaban determinadas virtudes espirituales y morales, y dotaban de ciertas facultades á los que las llevaban. Todas advertían la presencia del veneno, unas volviéndose negras ó empañadas, otras tomando un tinte pálido y enfermizo, y otras estallando en pedazos en el acceso de horror y desesperación que les

producía su contacto. El diamante simbolizaba la inocencia, la justicia, la buena fe, la fuerza y la resignación. Un antiguo libro de magia dice, «que Dios ha dado á esta piedra más virtudes que á las otras, aun cuando éstas tengan muchas.» Después del diamante viene el záfiro, que hace á quien lo lleva pacífico, amable y piadoso; confirma el alma en las buenas obras, y por la única fuerza de sus puros rayos mata todos los seres dañinos y venenosos. El mirar al záfiro preservaba la vista, y el záfiro reducido á polvo era un remedio soberano contra la peste. Los judíos tienen un mito que pretende que las primeras tablas de la ley dadas por Moisés estaban hechas de esta piedra, mientras que las tablas de la sabiduría grabadas por Hermés, y colocadas en el templo egipcio, eran de esmeralda.

Cosa digna de notarse es que en las naciones antiguas, y entre los bárbaros semicivilizados de nuestra época, las piedras verdes parecen ser más apreciadas que las de otros colores. Algunas tribus polinesias se han hecho la guerra por la posesión de ciertas piedras verdes destinadas á puntas de lanza y de flecha. Conocido es el respeto supersticioso de los peruanos á las esmeraldas, y numerosos los cuentos de Plinio y de otros naturalistas antiguos sobre los dragones, los grifos y otros espíritus malignos que guardan las minas de esmeraldas. Mr. Stevenson no pudo visitar las minas de esmeraldas del Perú por las creencias supersticiosas de los naturales, que le aseguraron que estas minas estaban encantadas y confiada su guarda á un dragon que lanzaba rayos contra los curiosos bastante audaces para ascender por el río que conducía á las minas. Marco Polo cuenta que, habiendo oído decir el khan de Tartaria que la tumba de Adam estaba en Ceylan, envió á esta isla una embajada, la cual adquirió dos muelas del primer hombre, que eran muy gruesas, siendo las raíces y la corona de bello pórfito *verde*, poseyendo la virtud de que cuando se ponía en ellas alimento para un sólo individuo quintuplicaba inmediatamente la cantidad. Las cualidades atribuidas á la esmeralda en la Edad Media eran, entre otras, las de devolver la vista y la memoria, hacer que el espíritu maléfico se fuera á ladrar por los aires; dar al poseedor de la piedra la facultad de descubrir secretos y de hacerle invisible, y pasar del verde al amarillo en el caso de infidelidad de la persona amada. En fin, si la preciosa piedra no podía hacer el bien á su poseedor, ó apartar de él el mal, se hacía por sí misma mil pedazos.

Pero de todas las piedras, el rubí (llamado por los griegos *ἀνθράξ*, carbon incandescente) es, bajo el nombre de *escarbucla*, objeto de las más

(1) *Life in Ancient India*, Speir.

(2) Tylor.—*History of Mankind*.

curiosas leyendas. Una escarbucla era la que estaba suspendida en el arca para iluminarla durante la noche. «¿Qué otra cosa como el rubí podía dar esos rayos brillantes de luz, partiendo de la copa de piedras preciosas que Abraham había colocado en el centro de su ciudad de hierro, para iluminar sus esposas cautivas? Porque Abraham, según el Talmud, era un polígamo celoso y tenía sus numerosas esposas encerradas en una ciudad de hierro, donde los mismos rayos del sol no podían penetrar, por lo que, para hacerles gozar de la luz, una copa de piedras preciosas iluminaba todo el espacio.»

En todos los cuentos orientales se encuentran los rubíes iluminando palacios encantados y cavernas guardadas por dragones. El rubí es en realidad fosforescente en cierto grado, y en determinadas circunstancias centellea. Como las demás gemas, revelaba la presencia del veneno, y se convertía también en sombrío y opaco si á la persona que lo llevaba amenazaba algún acontecimiento desagradable; pero desterraba la tristeza y garantizaba de cierto número de vicios.

El topacio participaba con el rubí la propiedad de emitir luz. Llevado en el collar era un amuleto contra la hechicería, teniendo la virtud de ahuyentar la melancolía y de alegrar el espíritu. La amatista tenía el más profundo horror á la borrachera, y por ello se la engarzaba en las copas de los festines, á fin de que se pudiera beber con exceso sin temor de emborracharse. El ópalo confería el don de la invisibilidad á su poseedor; pero también pasaba por ser piedra de desgracia. La turquesa, al decir de Boecio, tenía la propiedad de duplicar las facultades visuales y de aumentar la energía de su poseedor; pero su mérito principal era su acción preservadora contra las caídas. También muestra, por su color, la constancia de quien la llevaba. Las turquesas se encuentran exclusivamente en Persia; sin embargo, cuando la conquista de Méjico los españoles encontraron entre los aztecas imágenes adornadas con turquesas lo mismo que sucedía entre los persas; pero la mina de donde procedían estas piedras nunca fué descubierta.

El origen del ámbar ha dado ocasión á muchas fábulas; sus propiedades eléctricas llamaron desde un principio la atención. Llevado alrededor del cuello, decíase que el ámbar tenía la propiedad de preservar de la erisipela y de las anginas. El azabache poseía las mismas virtudes, y mezclado con el vino constituía un odontálgico soberano; se le empleaba también en la ciencia de la adivinación.

Se ve, pues, que las virtudes benéficas y el don de la ciencia, atribuidos en los tiempos antiguos

á la serpiente, han sido trasferidos despues á las piedras preciosas, que continúan bajo su guarda, aunque; á consecuencia sin duda de los estudios hebraicos, se convierta en emblema del pecado de Satan. Puede notarse, sin embargo, que la transformación se ha hecho con lentitud. Si el dragon hubiese sido considerado en efecto como la completa personificación del mal, no se le hubiera empleado en guardar estas piedras preciosas, á las cuales se atribuía el poder de alejar y aniquilar todos los males.

Los *Gesta Romanorum* proporcionan curiosas historias de serpientes, haciendo uso como agentes curativos y como testimonio de reconocimiento de las piedras preciosas confiadas á su guarda.

«Teodosio, el emperador ciego, ordenó que la querrela de toda persona perjudicada se oyese á la señal de una campana colocada en una sala pública de su palacio. Cerca del lugar de donde pendía la cuerda de la campana tenía su nido una serpiente, y en ausencia del reptil, tomó posesión del nido un sapo. La serpiente desposeída se arrolló á la cuerda, tocó la campana pidiendo justicia, y por orden expresa del emperador fué muerto el sapo. Pocos días despues, estando descansando el emperador en la cama, entró la serpiente en su habitacion llevando en la boca una piedra preciosa. El reptil se empinó hasta llegar al rostro del soberano y colocó la piedra preciosa sobre uno de sus ojos, saliendo en seguida de la habitacion; inmediatamente recobró la vista.»

La campana de justicia indica el carácter oriental de esta fábula, porque se encuentra en la historia verdadera de un monarca chino contada por Huc casi en iguales términos. «Tenía un rey un ministro de carácter tiránico, que, pasando cierto dia por un bosque, cayó en un agujero profundo donde había un leon, un mono y una serpiente. Un pobre hombre que recogía leña en el bosque, oyendo los gritos del ministro, le libró del apuro, y con él al leon, al mono y á la serpiente. El ministro volvió á su casa prometiendo grandes riquezas al leñador. Al poco tiempo fué éste al palacio del ministro para reclamar la ofrecida recompensa; pero el ministro hizo que le apaleasen cruelmente. Al mismo tiempo el leon llevaba diez asnos cargados de oro á la choza del pobre hombre; la serpiente una piedra preciosa de tres colores, y el mono, cuando el leñador volvía al bosque para continuar su trabajo, le recogía la leña. Por virtud de la piedra preciosa, que vendió, llegó á la dignidad de caballero y adquirió grandes bienes; pero más tarde encontró la piedra en su cofre y se la llevó al rey. Al saber éste la historia de lo ocurrido, condenó á muerte al ministro ingrato y dió su cargo al leñador.»

Esta piedra preciosa de tres colores parece una clara alusión á la piedra serpiente de los druidas, que era tricolor, ó á la piedra llamada *solinus*, consagrada á Mithra, el dios del Sol en Persia.

«Un caballero que habia disipado toda su fortuna frecuentando torneos en el reinado de Fulgencio, encontróse reducido á extrema pobreza. Una serpiente que frecuentaba una de las habitaciones de su casa, y á quien el caballero alimentaba con leche, pagó á su bienhechor la deuda de reconocimiento haciéndole rico. El caballero cometió la ingratitud y tambien la imprudencia de matar á la serpiente, suponiendo que estaba encargada de guardar un tesoro en la estancia, y esta mala accion fué causa de que se viera de nuevo reducido á la miseria (1).»

En un artículo sobre la demonología, el *Fraser Magazine* publicaba en Noviembre de 1872 un cuento lituaniense de un niño que se habia apoderado de la corona de una serpiente régia, mientras ésta tomaba un baño en una tarde de fiesta. Perseguido por un ejército de serpientes, el niño, en su terror, dejó caer la corona robada, que las serpientes devolvieron. Quedó, sin embargo, una piedra preciosa cogida al vestido del niño, y esto le permitió construir un palacio de oro macizo. Suerte parecida tuvo en la isla de Wight el caballero Bran, que habia recogido una piedra negra, la cual era en realidad un huevo de serpiente. El caballero fué perseguido de cerca, pero no soltó la piedra, y ésta le produjo inmensos tesoros.

Una de las propiedades más curiosas atribuidas por los antiguos á las gemas, es la de que estaban dotadas de sexo y que se reproducían. Los machos, segun Plinio, eran más duros y resistentes, las hembras más flojas; y lo más singular es que los mineros tienen la misma preocupacion respecto á las rocas auríferas de América. Un periódico de minas decía hace poco tiempo, que los mineros pretendían no encontrar jamás oro en los grandes peñascos, que llamaban *rocas machos*, sino sólo en los más pequeños, las *rocas hembras*.

A la serpiente, como al sapo, calificado por los legendarios en el número de los reptiles, se les atribuía tener una piedra preciosa en la cabeza; y ocasion es esta de hablar de las piedras, á las que se concede la virtud de curar la mordedura de las serpientes venenosas. Hé aquí lo que leemos en la *Encyclopedia británica*, en el artículo titulado *Bezoard* (piedra para prevenir los efectos fatales del veneno): «La primera mencion que de ella se hace se encuentra en Aben Zohar, médico árabe. Describe esta piedra como hecha de lágrimas ó secreciones de los ojos del ciervo,

quien, despues de haber comido serpientes, ordinariamente corría á meterse en agua hasta las narices, estando así hasta que sus ojos empezaban á segregarse un líquido que, aglomerándose entre los párpados, se espesaba y coagulaba poco á poco, llegando á ser duro, y arrojándolo entonces el animal á fuerza de fricciones. El bezoard es una concrecion calcárea que se encuentra en el estómago de algunos animales de la especie de las cabras. Se compone de capas concéntricas superpuestas, con una pequeña cavidad en el centro, que contiene un fragmentito de madera, de paja, de pelo ó de otras sustancias análogas. El bezoard es de dos clases, uno procede de Persia ó de las Indias Orientales, otro de las Indias Occidentales españolas. El oriental es de color brillante verde sombrío, ú oliva. El occidental tiene la superficie rugosa y es ménos verde, pero más grueso, teniendo á veces la dimension de un huevo de ganso; el oriental, por el contrario, excede rara vez al grueso de una nuez, pero se le considera más precioso.»

El ciervo ó la cabra montés, de quien ántes se dice que se alimenta de serpientes es sin duda alguna el cabritillo almizclero, á quien, segun dice Halde en su *China*, se atribuye particular aficion á comerse las serpientes, y cuyo almizcle se considera antídoto perfecto contra la mordedura de los ofidios, tanto que los campesinos que frecuentan los distritos donde estos reptiles abundan, llevan siempre consigo esta medicina, poniéndola entre los dedos de los piés. No cabe duda de que á las serpientes y á otros animales les repugnan los olores fuertes, sabiéndolo y aprovechándose de ello los que los doman. En todos los países el fresno pasa por ser tan antipático á las serpientes, que hasta se ha llegado á creer que dicho reptil no pasa un círculo trazado en el suelo con una vara de esta madera. Esta supersticion persiste todavía en Suecia, en Inglaterra y en América. Ignoramos si sucede lo mismo en Africa y en Oriente.

Es evidentemente un bezoard lo que lord Lytton describe en su *Historia rara*, como usado en Corfú contra las mordeduras de las serpientes.

«Esta piedra, dice el novelista, es de forma oval y de color bastante oscuro para que no se la pueda distinguir del negro. Rota en pasados tiempos, está hoy montada en oro. Cuando una persona es mordida se dilata la mordedura con una lanceta y se le aplica la piedra durante veinticuatro horas. La piedra se une por sí misma sólidamente á la herida, y cuando se desprende, la curacion es completa. Es preciso entonces sumergirla en leche, y devuelve el veneno que ha absorbido, que permanece verde en la superficie de la leche. Desde

(1) *Gesta Romanorum*. Warton's *History of Poetry*.

entonces se puede usar de nuevo la piedra. Los campesinos, al ser mordidos, recurren inmediatamente al bezoard, que sólo en un caso ha dejado de producir su efecto curativo, y fué por aplicarlo veinticuatro horas despues de la mordedura.

Sir E. Tennant, en su *Ceylan*, habla de piedras de serpientes parecidas á la citada, sólo que son negras y muy brillantes, empleándolas contra la mordedura de la *cobra* (1). La misma propiedad se atribuye en Irlanda y en Bretaña septentrional á antiguas piedras redondas, llamadas «Ruedas de Pixias» ó «muelas de hadas,» y tambien «piedras de serpientes y de culebras».

A. W. BUCKLAND.

(*Saint-Paul's Magazine.*)

(Se concluirá.)

## LA CIENCIA DEL HOMBRE.

La primera condicion para el fácil desenvolvimiento de una ciencia, es determinar con precision su objeto, dar una definicion exacta de la misma. Desgraciadamente el objeto de la Antropología no ha sido interpretado de idéntica manera por los que se han dedicado al estudio de sus diferentes ramas en todos los tiempos: para unos la Antropología es y ha sido única y exclusivamente el estudio del cuerpo humano y las funciones de sus órganos, bien en estado normal, bien en un estado patológico; para otros el estudio de esta ciencia se refiere solamente á las cualidades intelectuales y morales del hombre.

Hipócrates, en su tratado *PERIFUSEOS ANTROPOU*, empieza diciendo: «Los que están acostumbrados á oír disertar sobre la naturaleza del hombre fuera de la Medicina, no encontrarán nada para ellos en este tratado.»

Los filósofos griegos se llamaban antropologistas. Hoy se ven muchas obras con el título de Antropología que sólo tratan de Anatomía, Fisiología é Higiene; algunas con el mismo epígrafe sólo se ocupan de la Psicología, y otras, con mejor derecho para llevar aquel nombre, estudian la union, relaciones y mútuas influencias entre los dos elementos, cuerpo y alma, del Yo humano.

Cierto que todas estas ciencias ayudan á conocer al hombre y á distinguirlo de todos los demas seres de la naturaleza; pero ninguna puede atribuirse la denominacion de Antropología, puesto que cada una de ellas estudia al hombre bajo un

solo punto de vista, y no puede dar á conocer más que una parte de él, y esto de una manera insuficiente é inexacta.

La Antropología no ha de limitarse exclusivamente á caracterizar la especie *hombre*, sino que debe estudiar además cada raza, sus costumbres, industria, civilizacion, género de vida y su distribucion en la superficie de nuestro globo, no sólo al presente, sino en todas las épocas de la humanidad.

El eminente profesor de Medicina, Paul Broca, que tan señalados servicios ha prestado á la ciencia que nos ocupa, la define en los siguientes términos:

«*Antropología es la ciencia que tiene por objeto el estudio del grupo humano, considerado en su conjunto, en sus detalles y en sus relaciones con el resto de la naturaleza.*» De esta suerte el objeto y fin de la ciencia antropológica quedan completamente determinados, y se establece una diferencia muy marcada entre ella y el resto de las que se ocupan del hombre con un fin particular.

La parte que se limita á estudiar el grupo humano, considerado en sus relaciones con el resto de la naturaleza organizada, ó sea, á determinar la situacion de este grupo en la serie de los demas seres de la naturaleza, llamada por el mismo profesor *ANTROPOLOGÍA ZOOLOGICA*, parece á primera vista muy fácil de precisar; sin embargo, se tropieza para ello con grandes dificultades: unas veces es el desmedido orgullo del hombre, que pretende establecer un abismo infranqueable entre él y el resto de la naturaleza, otras por el contrario, la exageracion de ciertos principios, que, si bien tienen en su apoyo sólidas razones para poder ser aplicables al hombre dentro de ciertos límites y con ciertas restricciones, de ninguna manera autorizan para hacerlo de un modo absoluto é incondicional. Me refiero al *darwinismo*, teoría sorprendente, teoría seductora, teoría que, sea cualquiera la manera de pensar acerca de sus doctrinas, ha operado en la ciencia biológica una revolucion tan fecunda en resultados, que la historia no podrá menos de reservar á su autor uno de los lugares más distinguidos entre los apóstoles de la ciencia; porque el valor de una hipótesis no reside precisamente en su realidad más ó menos demostrable; no es necesario para que una hipótesis sea un progreso en las ciencias, que sea la expresion exacta de la verdad; el valor de una hipótesis reside en la cantidad de ideas que á su paso brotan, en el número de fenómenos que agrupa en su derredor, en los hechos que permite preveer y hace constar: basta para que una hipótesis sea buena, que sea fecunda en resultados.

(1) Véase *L'île de Ceylan et ses curiosités naturelles*, por Octavio Sacht, 5.ª edicion, Paris, 1869, Sarrlit, editor.

«Hay más distancia, dice sir Mivart, del hombre al mono, que de éste á una roca de granito.» Cuyo pensamiento, reproducido por otros escritores en iguales ó parecidos términos, demuestra suficientemente, como llevo dicho, la tendencia del hombre á interponer una barrera infranqueable entre él y los demás animales. Sir Walke, por el contrario, y con él otros muchos, encuentran en ciertos monos, además de una organización semejante por completo, los gérmenes de todas nuestras cualidades intelectuales y morales, y atribuyen al hombre un origen simiano.

El profesor Vulpián dice con este motivo: «El hombre está mucho más cerca de los monos antropomorfos por los caracteres anatómicos de su cerebro, que éstos lo están, no sólo de los demás mamíferos, sino también de ciertos cuadrumanos.» Haeckel va aún más allá, estableciendo una clasificación genealógica completa de todos los seres vivientes desde la *monera* hasta el hombre.

Entre estas opiniones extremas, fluctúan los que se dedican á una clase de estudios, unos avanzando en un sentido, otros en sentido opuesto; y no debe sorprender esta divergencia de opiniones, porque, si bien es cierto que entre el hombre y los demás seres del reino animal existen diferencias muy notables, y se encuentra en aquél un conjunto de caracteres, que es propiedad exclusivamente suya, no lo es ménos que cada uno de estos caracteres, considerados aisladamente, se hallan en un cierto número de animales de los más elevados.

Estas diferencias, además, no son tan características que pueda desde luego señalarse la distancia que separa á los individuos más elevados en la serie de los monos de los más inferiores en la serie humana, dando esto lugar á la creación por varios naturalistas de un reino aparte para el hombre, á la constitución de un orden por otros, y á que muchos crean por último que las analogías y diferencias entre el hombre y el mono no guardan la misma relación con las leyes que rigen la distribución en órdenes en el resto de la escala animal.

Ahora bien, no podría emitirse una opinión razonable sobre esta materia sin comparar de antemano la organización del mono con la del hombre, sus respectivas cualidades intelectuales, el sentido moral del primero con ciertas cualidades de los segundos, que, usando las palabras de Darwin, llamaríamos morales, si se encontraran en nosotros (1), ó con alguna cosa que, según dice

Agassiz hablando del perro, poseen los animales y se parece mucho á una conciencia. Esta comparación, no sólo debe extenderse á los individuos existentes hoy, sino á los que han vivido en las diferentes épocas del planeta que habitamos, y como para ello se requiere un profundo estudio de la Paleontología, Archeología, Psicología y Anatomía comparadas, no creo pecar de ligero, si á cualquiera opinión, á cualquier juicio, emitidos sin haber llenado ántes este requisito, les llamo opinión aventurada, juicio sin valor científico.

La Etnología, ó el estudio del hombre en sus detalles, es decir, de las divisiones y subdivisiones que presenta el grupo humano, una vez circunscrito y caracterizado, las semejanzas y diferencias, tanto físicas como intelectuales y morales entre las diversas razas, su historia, su parentesco más ó ménos probable, su distribución en el globo y su posición relativa en la serie humana, es de una importancia capital, por ser la parte de la Antropología que suministra todos los datos necesarios para poder abordar los grandes problemas de ésta, y exige un trabajo árduo y constante sobre cada una de las ciencias que pone á contribución, estableciendo en algunas de ellas procedimientos propios y exclusivos para la determinación de ciertos datos.

Los que se refieren á la forma exterior y apariencia de los individuos, ó sea, las diferencias morfológicas, los toma de la Etnografía ó *descripción de los pueblos*: estas diferencias se refieren al color de la piel, ojos, cabello, á la forma de la cara en general y de cada uno de sus órganos en particular, á la talla y volumen del cuerpo, á la longitud relativa de las extremidades y á otra multitud de detalles que algunos de ellos, como la estatura, el peso y volumen de algún órgano, pueden apreciarse matemáticamente, mientras que en otros, como el color de la piel, ojos, etc., hay necesidad de recurrir á medidas indirectas, refiriendo aquellos á tipos más ó ménos próximos y señalando cada uno con un número para poderlos someter al cálculo.

De la Anatomía escoge los relativos á la estructura orgánica, y en razón de ser muy pequeñas las diferencias anatómicas entre los individuos de razas próximas, debe estudiarse aquella en sus más pequeños detalles, fijando más especialmente la atención en aquellos órganos, no los más importantes para la vida, sino los que parecen imprimir al individuo que los posee el sello de la personalidad humana. No debe, pues, llamar

(1) Darwin trata de demostrar en un artículo sobre las facultades morales del hombre y las de los animales inferiores, la proposición siguiente: «Un animal cualquiera, dotado de instintos sociales muy pro-

nunciados, adquiriría inevitablemente un sentido moral ó una conciencia, tan pronto como sus facultades intelectuales se hallarán próximamente tan desenvueltas como en el hombre.»

la atención que los antropólogos den la preferencia al estudio de la Craneología, inventando con este objeto numerosos aparatos y diferentes procedimientos para tener medidas exactas y rigurosas de las diversas partes del cráneo, y empleando en estas medidas las precauciones más escrupulosas para disminuir hasta donde humanamente es posible las diferentes causas de error, y aún el que algunos hayan desdeñado las otras partes de la ciencia, en razón á que los datos suministrados por aquella tienen un gran valor relativamente al desarrollo de la parte intelectual y moral del individuo, que es lo que nos eleva á una gran altura sobre el poco variable nivel del resto de la serie de los animales superiores.

La Geografía suministra los datos referentes á la distribución de las razas en las diversas partes del mundo. La geología, los anteriores á la época histórica. La Arqueología é Historia los relativos á la evolución intelectual, industrial, social y política de los diferentes pueblos en los diversos períodos. La Filología, en fin, los que se refieren á épocas anteriores á toda tradición y civilización.

Los datos, que aporta cada una de estas ciencias al seno de la Antropología, conducen en general al mismo fin, á las mismas conclusiones; mas á veces parecen por el contrario encaminarse á puntos opuestos, ó cuando ménos que no contribuyen al mismo objeto: razón por la que hay necesidad de establecer entre ellos diversas categorías, para servirse en estos casos de los unos con preferencia á los otros al tratar de resolver una cuestión antropológica.

Los Antropólogos conceden el primer lugar á la Anatomía, cuando se trata de la clasificación de las razas, por la mayor fijeza de los caracteres físicos sobre todos los demás, y dentro de esta ciencia á la Craneología, en razón, según dije antes, á los datos que suministra relativamente al valor intelectual de los individuos pertenecientes á las diversas razas.

Como pudieran abrigarse ciertas dudas acerca de lo que acabo de manifestar, cúmpleme decir algunas palabras en su apoyo.

La proposición sentada por Desmoulins, *el desenvolvimiento de las facultades intelectuales está en relación con la extensión de las circunvoluciones del cerebro*, se halla plenamente justificada, tanto en los monos como en la serie humana, por numerosos hechos. Basta fijar un poco la atención para ver que las circunvoluciones en el tipo homotote son ménos complicadas que en el de la raza caucásica, en los idiotas y microcéfalos que en los individuos bien desenvueltos, en los jóvenes que en los adultos, en los hombres ordinarios que en los superiores.

Broca da una explicación muy sencilla acerca del modo con que la extensión de la superficie de las circunvoluciones puede contribuir al desenvolvimiento de la inteligencia. «La masa de la capa de la sustancia gris, dice el ilustrado antropólogo, que reviste las circunvoluciones, es igual á la superficie total multiplicada por el espesor de esta capa, espesor que varía sin duda alguna con las especies y con las razas, que varía también ligeramente en los individuos de una misma raza; pero que en el género humano y en el estado normal no ofrece más que diferencias muy ligeras; resultando de aquí, que el acrecentamiento de la superficie de las circunvoluciones es el índice de un aumento proporcional en la masa total de la sustancia gris exterior, que es el órgano, propiamente dicho, del pensamiento. Por lo tanto, cuando se hace constar, que los cerebros, donde se halla mayor número de repliegues, son los más inteligentes, se hace también constar la existencia de una relación íntima entre el desenvolvimiento de la inteligencia y el volumen de la parte encefálica afecta al pensamiento.» Lo probable es que esta relación no sea rigurosa, puesto que en todo órgano de la economía la potencia funcional no se halla solamente en relación de la masa y volumen de dicho órgano, sino también de su diferente calidad y estructura; pero no por ser poco rigurosa, deja de ser positiva.

De aquí no debe deducirse que el solo dato de volumen y peso diferente de la masa encefálica en dos individuos, pueda dar á conocer, si aquel, en que alcanza mayor desarrollo, es el más inteligente, porque las partes del encéfalo, que afectan á la sensibilidad, motilidad y á los fenómenos de nutrición, varían con la raza y con los individuos; mas consideradas en conjunto las circunvoluciones del encéfalo humano son superiores en peso y volumen, no sólo á cada uno de los demás órganos encefálicos, sino á su totalidad: separándolos del cuerpo caloso, del cuerpo estriado, y de la capa óptica, se halla un peso que representa más de los dos tercios del total del encéfalo: luego el mayor ó menor desarrollo de las circunvoluciones debe ejercer sobre el volumen y peso de aquel mucha mayor influencia que el de las demás partes componentes. Ahora bien, teniendo en cuenta que en la especie humana el desarrollo de las facultades intelectuales no guarda relación alguna con la talla, vigor muscular y actividad de las funciones propias de la sensibilidad, y que tan pronto coincide con el de éstas, como se halla en razón inversa, podrá suceder que hombres iguales en inteligencia tengan cerebros desiguales en peso, y hasta pudiera verificarse que el de un hombre de inteligencia

superior fuera ménos pesado que el de un hombre ordinario; pero si con el objeto de que los casos particulares y excepcionales ejerzan en el conjunto una influencia apénas sensible, se observa un gran número de cerebros, deberá hallarse una relacion aproximada entre la masa encefálica y la capacidad intelectual, es decir, que el volúmen ó peso del encéfalo debe variar ordinariamente en el mismo sentido que ésta, áun cuando no en el mismo grado.

Estas conclusiones se hallan en perfecto acuerdo con la observacion; así resulta que, en condiciones iguales de edad, educacion, etc., el encéfalo es más pesado en los individuos de talla elevada que en los de estaturá pequeña, en los hombres que en las mujeres, en los hombres distinguidos que en los braceros, coincidiendo con el mayor desenvolvimiento, en los primeros, de sus facultades intelectuales: en la vejez el peso del encéfalo disminuye con la inteligencia.

Las observaciones de esta especie son muy difíciles y expuestas á error; pues sucede frecuentemente que en la apreciacion del grado de inteligencia relativa de los individuos, la educacion y posicion social, la palabra fácil y algunas otras condiciones les hacen aparecer con una superioridad intelectual que en realidad no tienen, al paso que otros hombres, que gozan de un concepto poco favorable en este sentido, que pasan por hombres vulgares, bien efecto de una excesiva modestia, bien por no haberse encontrado en circunstancias ventajosas para darse á conocer, pueden tener una potencia intelectual extraordinaria.

En cuanto á la forma del encéfalo, pocas palabras bastan para justificar la opinion de los antropologistas acerca de la influencia que ejerce en el desarrollo de las facultades intelectuales.

LUCIANO NAVARRO IZQUIERDO,

Catedrático de la Facultad de ciencias de Salamanca.

(Concluirá.)

## UNA CASA VACIA,

FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO.

.....Al otro dia, recatándome de las gentes por las calles, como avergonzado de una debilidad, que debía revelar mi rostro, fui á la que todavía era mi casa; supe por la portera que ya estaban llevándose los muebles, y al escucharla se recrudeció mi pena; tal como les acontece á las prendas queridas de un alma que abandona el cuerpo, cuando perciben el siniestro rumor que anuncia la salida del cadáver para el cementerio: contrariado por la noticia, le respondí: «no sé á qué viene tanta prisa;» al subir lentamente los

escalones, sentí el remordimiento de haber hecho lo mismo algunas veces distraido, sin pensar en el paraíso adonde conducían; esto es, sin haber apurado bien la dicha de la esperanza: por fin llegué; el porton estaba abierto; en el pequeño vestíbulo, dos mozos de cordel hacían cómoda carga de unos sillones; no me dieron los buenos dias, ni siquiera me miraron; era aquella, quizá, la vez primera que traspasaba yo el dintel de la puerta sin que viniesen á posarse sobre mis hombros las delicadas manos de una mujer, y sus labios sonrientes sobre mis labios: entré en la sala; allí estaban el asistente Valentin, y Concha la criada; el primero anotando con un lápiz en un papel las salidas de muebles, y la segunda encajonando varios objetos: no recuerdo lo que maquinalmente les hablé; mi cerebro estaba perturbado, mi rostro candente, las lágrimas no cabían en mis ojos y sentía en el pecho una congoja mortal: vagué por la casa algunos instantes sin fijarme en nada, y necesitando respirar ambiente fresco, me asomé á una ventana, escuchando poco despues la voz de Concha que me decía:—«Ya estará la señorita cerca de Córdoba.»—«Sí, creo que sí,» le contesté: al volverme hácia ella debió notar algo extraordinario en mi semblante; la irradiacion de mi dolor sobre su espíritu debió de ser intensa, pues sus ojos se humedecieron y con acento muy conmovido exclamó:—«¡Válgame Dios; señorito! ¿por qué ha vuelto V. á esta casa?» En seguida se alejó, adivinando mi necesidad de estar solo, y lo hizo tímidamente, como si hubiera profanado aquella habitacion con su presencia: los lugares donde mora la desgracia inspiran cierto místico respeto como los santuarios.

El cuarto en que yo estaba era el de aseo, contiguo á la alcoba y en comunicacion con ésta por una puerta de escape; permanecí de espaldas á la ventana algunos instantes, apoyado en el antepecho, inmóvil, con la vista fija en el suelo, aturdido, sin pensamiento concreto, hasta que me sacó de mi abstraccion el melodioso trino de un canario; corrí á la alcoba, descolgué la jaula y el pajarillo, deslizándose por el saltadero, acudió á los hierros batiendo ligeras las alas, con el pico abierto y susurrando quejoso, como si quisiera preguntarme, por qué motivo aquella mañana no había ido á requebrarlo su dueña y á aderezarle la prision con hojas verdes y á darle con sus preciosos dedos granitos de azúcar y á reñirle como tantas veces, cuando al volar desde la palma de su manó á su cabeza, le hacía daño al enredarse entre los rizos, picoteando el rojo clavel que los adornaba: le abrí la puerta, lo recibí en mis manos y le di muchos, muchísimos besos y creo que humedecí su amarillo plumaje; nunca hizo tantas monadas como aquel dia, y es que los ángeles buenos que endulzan nuestras horas negras, no sólo nos derraman sus consuelos por el pensamiento en el espíritu, sino que se los infunden también, para que nos los preste, á todo lo que nos rodea: yo he encontrado muchas veces la paz que buscaba en la página de un libro que al azar he abierto. Llamé á Valentin y le encargué que aquel mismo dia quedara el canario en mi cuarto de la fonda, donde me había ido á vivir.

Con este incidente volví al mundo real, enrareciéndose un tanto mi embriaguez de pena; necesité fósforos para encender un cigarro y fui á buscarlos á la mesa de noche; ya no había sillas

en la alcoba y me puse á fumar sentado sobre la cama, que estaba deshecha, tal como había quedado poco más de veinticuatro horas ántes; y en la almohada de encima se notaban dos leves ondulaciones, producidas por la presión de dos cabezas; una de aquellas exhalaba todavía un perfume suave, y poco más allá lucían su primoroso bordado dos letras grandes enlazadas; sobre la mesa de noche había una palmaria de plata con un cabo de vela y una copa de cristal con dos dedos de agua.

Yo no puedo describir al pormenor las distintas fases de la tormenta horrorosa que aquel día, para mí memorable, corrió mi alma; sólo sí diré que á la vista de aquellos objetos comprendí el infierno; el infierno era el universo entero sin ella, y sentí el deseo de no ser, de no persistir más como ser individual, y al dejar de ser, que mis restos tangibles descansaran siempre allí, en aquel lecho, con el rostro hundido en la concavidad olorosa de la almohada y proyectando su tibia claridad sobre mi cuerpo aquel cabo de vela que había iluminado cariñoso la última noche de mi felicidad.

Estos pensamientos hicieron brotar de mi alma una chispa de soberbia; me reí de mí mismo y exclamé abandonando la cama: «¡qué manera de hacer el tonto!» me asomé al balcón tarareando no sé qué, y decidido á irme á la calle, volví á la mesa de noche con el objeto de refrescar mi garganta, que estaba seca; al poner el cristal en mi boca, un recuerdo me hizo recorrer con ella mientras bebía, todo el borde circular de la copa.

Salí de la alcoba con el propósito de no seguir recorriendo más tiempo aquella senda de amargura: al pasar por el cuarto de aseo quedaba en él un sólo mueble; un tocador de mujer; aún lucía su colgadura y su vestido blanco, la primera con lazos color de violeta y destacándose el segundo sobre un fondo del mismo color; me pareció un altar; en la ovalada luna del espejo debía haber algo de la imagen que yo adoraba, y unas horquillas y unas rosas marchitas que sobre la mesa estaban, eran para mí santas reliquias; arranqué uno de los lazos, envolví en él las rosas y las horquillas y lo guardé en el bolsillo izquierdo del pecho de mi levita; cuando llegué al despacho ya mi cabeza se desvanecía, las fuerzas me faltaban; por fortuna estaban aún allí la mesa y el sillón de escritorio; me senté en éste, apoyé los brazos sobre aquella y sobre éstos la frente; me sentía muy mal: la vista de las flores trajo á mi memoria la primera estrofa de unos versos que en aquel mismo lugar había yo escrito pocos días ántes.

Decía así:

No quiero más vivienda que tus ojos;  
Más flores que las rosas de tu cara;  
Más sustento que el néctar de tus labios,  
Ni más Dios que tu alma.

Este recuerdo fué imán de otro; cuando concluí la composición, llamé para leérsela al bien mio, á quien se la dedicaba, ella la escuchó recostada sobre la mesa; con su rostro moreno, compendio de toda la gracia andaluza, muy cerca del mio, apoyado en su mano izquierda y enlazando mi cuello con su brazo derecho: creo que este es el único trabajo literario que me ha valido algo hasta la fecha; bien es cierto que el beso que por él recibí era para mí un tesoro.

Como la traspiración del cuerpo apaga el volcán de la calentura, así las lágrimas amortiguan el fuego del sufrimiento en el alma, y como el calor de ciertos líquidos desata la traspiración material, el sufrimiento de las penas provoca la reacción del llanto; así me aconteció; del último recuerdo que hirió mi espíritu, surgió la reacción de mi dolor; lloré y lloré mucho y mucho tiempo, sin poder algunas veces contener mis sollozos, por más que á hacerlo me movía la pueril vergüenza de que me oyeran los criados; debí permanecer en esta situación bastantes horas, pues la claridad que penetraba en el despacho era la incierta del crepúsculo, cuando Valentin fué á decirme si quería que se llevaran la mesa y el sillón, únicos muebles que ya quedaban en la casa; entraron los mozos de cuerda y así lo hicieron, acompañándolos yo hasta la puerta, viéndolos doblar el tramo de la escalera con la ansiedad del náufrago que pierde de vista la tabla última de su esperanza: luego se marcharon Concha y Valentin, no sin esforzarse ántes en vano, porque yo me fuera con ellos: momentos después me encontré solo con la noche en aquella casa vacía, sintiendo algo de lo que sentiría un resucitado entre las sombras de un panteón.

Tal vez á algun lector se le ocurra preguntar en busca de qué permanecía yo en aquella casa. ¿En busca de qué? Yo quería hacer lo que el chico á quien entregan un tarro de dulce que acaba de vaciarse; rebañar la felicidad de aquellas paredes. Buscaba los reflejos de mi gloria de tres años en aquellas habitaciones; buscaba aquella atmósfera que aún debía contener ondas de su aliento; buscaba por los suelos las huellas de su menudo pié, y en los zócalos el roce de su vestido; buscaba restos, vulgares para todos los ojos y todos los oídos y todos los olfatos, de luz, para mí más clara que la del sol tropical, porque contenía efluvios de sus miradas; de ruidos, para mí más armónicos que los de un concierto de ángeles, porque había en ellos notas de su voz; y de aromas para mí más balsámicos que los primaverales de las riberas del Bétis, porque estaban llenos de emanaciones de su cuerpo; buscaba ese algo de lo sustancial que tienen los pensamientos y las almas, como las formas palpables de que deben impregnarse los muros de las casas; y en busca de todo eso recorrí una, dos y tres veces, evocando miles de risueñas memorias, el despacho donde yo nutría su inteligencia, el gabinete donde ella realizaba sus trabajos de la razón, del espíritu y de la materia, en el libro, en el piano y en la máquina de costura, y la alcoba cuyas parísimas mieles están cubiertas por un velo, que se escandalizaría si yo lo levantase la hipocresía del vicio; la alcoba, de la que dice el genio incomparable del sentimiento y de la forma, Víctor Hugo, *que tiene por techumbre todo el cielo y está guardada por un ángel sonriente con un dedo sobre los labios, y que cuando en ella se juntan para crear dos bocas santificadas por el amor, es imposible que la irradiación de ese inefable beso no produzca un estremecimiento dulce en el gran misterio de las estrellas.*

En esta peregrinación por la casa, llegué á la sala; las puertas de madera de los balcones estaban cerradas; la oscuridad era completa; entonces los seres del mundo superior que velan por mí, como á cada uno de los nacidos le sucede, acordaron sin duda poner término á aquella gimnasia

de mi corazón, insostenible más tiempo sin engendrar la locura; y allí, entre aquellas sombras, me hicieron ver lo que se agita en lo invisible y escuchar lo que se articula en la región del sonido inmaterial, y palpar lo que sólo es tangible en la esfera de lo impalpable, y como el bien mío estaba allí, allí seguramente, en inteligencia; espíritu y aérea forma, atraída por aquel frenesí amoroso que me embargaba, con el auxilio de mis ángeles buenos y con una emoción indefinible por el lenguaje terreno, descubrí su figura con luz y colorido, y escuché su tierna voz, y percibí en mi rostro las caricias del suyo vaporoso, tal como en esos días caniculares de inmensa calma, cuando dormitamos en el sombrío merendero de un jardín, nos consuela con su frescura un soplo pasajero de la brisa; que en la solidaridad universal, donde el volar del más menudo grano de arena es sensible para la creación entera, es fácil cosa la atracción real de un espíritu por el amor de otro; es fácil cosa que se desprenda de un cuerpo, tal como mana el perfume de una flor, algo fluido de su materia, conteniendo algo de su alma y algo de su inteligencia, y que esa triple estela invisible, sin abandonar el molde humano de donde surge, se detenga y tome forma y piense y sienta y quiera junto al ser de su afinidad, por quien aquel ser incorpóreo ha sido evocado. ¿Quién sabe dónde estamos cuando dormimos? ¿quién sabe por dónde vagamos en esos momentos de distracción, en esos momentos de parálisis moral, cuando nada se forja en el taller de nuestra razón, ni las penas nos conturban, ni nos hacen sonreír las alegrías?

Aquel éxtasis, piedra miliaria culminante de mi existencia terrestre, fué el término dichoso de la agitación de mi alma durante tantas horas; ya no tenía nada que buscar en aquella casa desnuda; la dicha de un beso en la flor marchita cuyo cáliz tal vez fué nido de su boca, era pálida ante la ventura de su aparición; después de saborear un manjar exquisito, encontramos insípido el que momentos antes nos era grato al paladar.

Pero el encanto de verla, de escucharla y de sentirla, no debía prolongarse mucho; los remedios del espíritu, como los de cuerpo, cuando son violentos, si se administran en grandes dosis matan, y fácilmente me hicieron tornar á mi estado ordinario, pero ya con la cabeza despejada y la tranquilidad en el corazón, las manos blancas como los jazmines de una vecina, que recorriendo rápidas el marfil de un piano situado en un gabinete, pared por medio de la sala donde me encontraba yo, hicieron brotar de sus teclas la deliciosa romanza de *Favorita*.

*Spirto gentil.*

¿A aquella música vino á mis oídos casualmente? Yo creo que no; digo mal, yo estoy seguro de que no. La casualidad no existe; es una palabra necesaria en el idioma, como definición de muchos fenómenos que aún están guardados en los profundos senos de lo desconocido.

Cuando esto acontecía eran poco más ó menos las nueve de la noche, á cuya hora muchas veces habíamos conversado de balcon á balcon mi Angeles y yo con aquella vecina, que vivía en el cuarto principal de la derecha, y nosotros en el de la izquierda; y era rubia, muy rubia, y con unos ojos del linaje de aquellos que hicieron escribir al divino Becker las estrofas que comienzan *Tu pu-*

*pila es azul*, estrofas que no deberían formularse por la humana voz, sino encarnadas en melodías de Bellini.

Abrí las puertas de madera y las de cristales del balcon inmediato al de la vecina, y los resplandores del lumínar de la noche penetraron en la sala, proyectando á mis piés una alfombra de claridad; el aire fresco que agitó mis cabellos estaba impregnado de un delicado aroma; me pareció que abría la puerta de un jardín, y así era la verdad: Concha y Valentin se habían olvidado, por más que yo no dejé de advertirles que lo hicieran, de llevarse las macetas, que, las de nardos especialmente, hacían las delicias de mi Angeles; al verlas sentí un júbilo indecible; en aquel balcon había cuatro; dos de nardos rellenos, una de geráneos dobles y otra de mimos negros y encarnados; en el otro, dos de rosas y dos de claveles; palpé la tierra y estaba seca, hacía cuarenta y ocho horas que no se regaban; afortunadamente la casa tenía agua; encendiendo fósforos fuí á la cocina y rebuscando entre los despojos que siempre quedan en una casa que se desocupa, encontré en el suelo de la despensa una sucia botella vacía; después de lavarla la llené de agua y comencé á regar, empezando por los nardos; estando ocupado en esta faena, escuché una vez dulcísima que me daba las buenas noches.

Era la de Amalia mi vecina.

—Buenas noches, le contesté.

—¿Ha tenido V. ya noticia de la llegada de Angeles á Sevilla?

—No, señora; espero telegrama suyo esta noche ó mañana.

—No puede V. figurarse cuánto siento su ida, y más que sea por falta de salud; pero Dios querrá que pronto se restablezca. ¿Y V. deja la casa?

—Sí, señora; como he sido destinado á otra parte, sería un gasto inútil conservarla. ¿Y su marido de V.?

—Bueno; salió después de comer.

—Amalia, se me ha ocurrido pedir á V. un favor.

—Lo que V. quiera.

—Que acepte V. un regalo mío.

—¿Un regalo?

—Sí, el de las ocho macetas que están en estos dos balcones.

—Con mucho gusto.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que de vez en cuando ha de posar V. los labios en sus flores acordándose de Angeles y de mí.

—¿Cuánto la quiere V.! Ahora mismo voy á mandar por ellas.

—Pues hágame V. entonces otros dos favores: que el criado no venga sin luz, porque estoy á oscuras, y que de camino me traiga un vaso de agua.

—En seguida—dijo, y desapareció.

—Poco después abrí la puerta al criado, que traía en un primoroso candelero una vela encendida, y en una bandeja de plata una linda caja llena de dulces y una copa limpiísima con agua.

—Deje V. todo eso—le dije,—sobre la chimenea de la sala y puede V. empezar á llevarse las macetas.

—Así lo hizo.

En aquel momento sonó un campanillazo.

El criado abrió, y un ordenanza de telégrafos le entregó un parte pronunciando mi nombre.

Saqué el lápiz de mi cartera y firmé el recibo del telegrama, que era de mi Angeles.

Para acompañarme á recibirlo sin duda, se había reunido en torno mio, en breves instantes, armonías de Donizetti, la claridad de la luna, la cariñosa voz de una mujer, agua cristalina, dulces y flores.

Decía así: «Llegado buena sin toser; recuerdos Juana; estoy triste; escribeme larguísimo.—Angeles.»

Al concluir su lectura pasaba junto á mí el criado con la primera maceta de nardos, una de cuyas varas, cuajada de flor, casi rozó mi boca, dejando una estela fragante.

Si yo, por convicción y sentimiento, no hubiera creído entónces en los misterios del mundo invisible, sintetizándolos en aquel instante en una sola frase, hubiera exclamado con todo el fervor de mi alma, poniendo los ojos en la techumbre azul: ¡Creo en la Providencia!

J. NAVARRETE.

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

### Academia de la Historia.

MADRID 27 DICIEMBRE 1874.

Con asistencia de gran número de personas se ha verificado el acto solemne de la recepción del Sr. Coello y Quesada, como académico de número. El discurso de este distinguido hombre de ciencia empieza poniendo de manifiesto las dotes y merecimientos que reunía el Sr. D. Francisco de Paula Cuadrado, á quien sustituye. Despues, con una modestia tan grande como su valer, el Sr. Coello consigna que, más que su personal cooperacion, serán aprovechables los numerosos datos sobre la geografía general, y especialmente de la península y sus provincias ultramarinas, que ha logrado reunir á costa de no escasos esfuerzos y sacrificios. El tema principal del discurso del Sr. Coello se refiere á las vías romanas en España y va precedido de una interesante introduccion sobre la importancia del estudio de la geografía y su relacion con la historia. Sentimos que la falta de espacio nos impida analizar, aun á la ligera, el notabilísimo trabajo del Sr. Coello.

El Sr. Gomez Arteché es el encargado de contestar al Sr. Coello á nombre de la corporacion, y empieza su brillante discurso haciendo constar los grandes merecimientos del ilustre geógrafo, y la idea de la Academia al llamarlo á su seno. Despues, tomando su base en el tema del Sr. Coello, se extiende, como ampliacion del mismo, en el estudio de la extrategia de los romanos en las guerras ibéricas.

### Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.

MADRID 1.º ENERO 1875.

La recepción del distinguido naturalista D. Ramon Llorente y Lázaro, ha sido tan solemne como todas las que se verifican en esta sábia Corpora-

cion. El discurso de entrada del nuevo académico, que reemplaza al Sr. D. Mateo Seoane, es un estudio de zoología aplicada, presentado y desarrollado con el talento y riqueza de conocimientos que todos reconocen en el Sr. Llorente. Son los animales, dice, como pequeños mundos en que el universo entero se halla reflejado, máquinas que, aunque compuestas de infinita variedad de resortes, propenden á un mismo fin; fábricas de producción continua, en que todo es orden y armonía, en que nada hay objeto de menosprecio, en que todo es útil y provechoso para el verdadero hombre de ciencia, para todo aquel que en lo que estudia no solamente procura satisfacer su curiosidad ó anhelo de saber, sino que también deduce de ello aplicaciones mil y de suma trascendencia, de las cuales derivan y han derivado siempre cuantos progresos ha realizado el hombre en cumplimiento de su destino y para su bienestar.

En nombre de la Corporacion contesta al señor Llorente el Sr. D. Mariano de la Paz Graell, quien en un discurso tan correcto como nutrido de verdadera doctrina científica, se extiende sobre la conveniencia del estudio de las ciencias aplicadas despues del estudio de las puras, y amplía en este concepto el tema del Sr. Llorente.

## CRÓNICA DE TEATROS.

### El barberillo de Lavapiés.

Así se llama la última zarzuela de los señores Larra y Barbieri, y no demuestra pretensiones de adelanto alguno en el género. El Sr. Larra se ha limitado á hacer un libro agradable, con bonitos versos y graciosos chistes; sencillo, y más que sencillo, pobre, pobre de solemnidad respecto al argumento, reducido á una conspiracion de continuo perseguida, y descubiertos sus autores en el momento en que triunfan.

La cosa la ha arreglado el Sr. Larra con tal arte, que todos los personajes parecen episódicos, y por ninguno se interesa el auditorio; pero hay tal ligereza, tal superficialidad en la accion, que el público oye lo que pasa con la misma curiosidad que inspiran las disputas en el barrio de Lavapiés ó en el Mundo Nuevo.

Cuando más aplausos alcanzan *la marquesita* y *D. Luis de Haro*, es cuando se visten de maja y manolo, para identificarse con los demas personajes.

El maestro Barbieri, que ha hecho estudio especialísimo de la música popular española, se encontraba en su terreno, y como suele decirse, se ha despachado á su gusto; tal es el número de seguidillas, tiranas, jotas, caleseras, etc., por el nombre ó por el carácter, que hay en su última zarzuela, y que, á pesar de la chispeante gracia de la música, infunden á aquella la consiguiente monotonía.

Tan tenaz ha sido el maestro Barbieri en su propósito de hacer música popular al escribir *El barberillo del Lavapiés*, que las pocas piezas serias parecen escritas á disgusto y como para salir del paso, y el final del segundo acto, donde había ocasion para una concertante de importancia, lo ha desaprovechado completamente el compositor.

La canción que canta *la Paloma* al salir á la escena; el segundo terceto del primer acto; la tirana de *la Paloma* y *Lamparilla*, y las seguidillas de este último en el segundo, y un coro, un duo y las caleseras del tercero, justifican una vez más el ingenio de Barbieri, y merecen los aplausos que el público les tributa.

Pero Barbieri sabe hacer más de lo que ha hecho en *El barberillo del Lavapiés*, y en diferentes ocasiones lo ha demostrado. Los aficionados tienen derecho á esperar de Barbieri zarzuelas de esas que él mismo reconoce podrían convertirse en óperas, con sólo escribir recitados á los diálogos, y esperamos que las haga para honra y provecho propio y adelantamiento del arte lírico-dramático español.

Puede decir el popular maestro, que desde hace tiempo sólo encuentra en la escena de la Zarzuela elementos para ligerezas como *El barberillo de Lavapiés*, y tendrá razón al decirlo; pero si los compositores dan en escribir zarzuelas acomodadas á las pobres condiciones de las compañías, debe temerse que éstas no mejoren.

El empresario, Sr. Salas, cuyo plausible celo por dar á conocer obras nuevas no había sido esta temporada recompensado por la fortuna, ha encontrado, en *El barberillo de Lavapiés*, premio merecido á sus afanes.

En la ejecución merecen citarse con elogio la señora Franco de Salas, manola de las más soletas y descaradas que pudieran salir del Campillo de Manuela, y con agrado al Sr. Tormo.

#### La mayor venganza.

Primera obra de un autor dramático, D. Francisco Sanchez de Castro, y estrenada en el teatro del Circo, adolece *La mayor venganza* de defectos hijos de la inexperiencia; pero revela cualidades de verdadero poeta é instinto del interés escénico en quien la ha escrito.

De los tres actos que forman el drama, los dos primeros parecen hechos para preparar las escenas melodramáticas del tercero, y por ello la acción languidece, sin que el lirismo, desparado en toda la obra á costa de la naturalidad y de la verosimilitud, fije la atención del auditorio.

Contribuye á esta languidez de los dos actos la monotonía en los caracteres. Cada cual de los personajes que en *La mayor venganza* intervienen tiene una idea fija, una monomanía; cada cual se dirige á un objeto por el camino recto, y la peripécia nace porque casualmente se encuentran.

Pero el Sr. Sanchez de Castro ha sabido poner en boca de ellos frases verdaderamente apasionadas y enérgicas cuando llega la catástrofe, y los merecidos aplausos que el público tributa á las últimas escenas del drama indican al Sr. Sanchez de Castro el verdadero camino que debe seguir.

Estudie atentamente á Calderon y á Shakspeare: vea en estos maestros del arte dramático el desarrollo de los caracteres, dentro de la unidad de acción; cuide de que los personajes se expresen conforme á lo que deben sentir, dada la situación en que el autor les coloca; huya de las bonitas tiradas de versos, ó déjelas para leyendas ó álbums de señoritas, y llegará á ser un buen dramático.

#### Los enamorados.

Todo el mundo aficionado á la buena literatura conoce la preciosa comedia de Carlos Goldoni, que lleva este título.

A D. Dario Céspedes ha ocurrido hacer de ella un arreglo en verso para la escena española, reduciendo á dos los tres actos del original italiano, y ha realizado su propósito con acierto, manteniendo constantemente la hilaridad en el público, gracias á lo cómico de las situaciones y á los chistes de buen género de que está salpicada la comedia.

El Sr. Céspedes no debe consentir, sin embargo, que se anuncie en los carteles del teatro del Circo *Los enamorados* como obra original suya. Esto es un abuso reprehensible.

Hasta ahora, no sólo autores noveles, en quienes las imitaciones y las traducciones se explican, sino reputados poetas dramáticos han tenido la desfachatez de coger obras extranjeras, traducirlas, versificarlas y atribuirse una paternidad falsa. Siendo poco conocido el original, la traducción pasa fácilmente y el engaño subsiste; pero esto no puede hacerse sin verdadero escándalo cuando se trata de una de las obras más célebres de Goldoni, cuya reputación es europea. El trabajo del Sr. Céspedes no desmerece porque se le llame lo que es, un arreglo para la escena española de una comedia italiana, conservando la acción, los caracteres y las ideas del original.

*Los enamorados* se ha estrenado la noche del beneficio de una de las artistas más queridas del público por su indisputable talento, la señorita Doña Elisa Boldun, que interpretó con grande acierto el cómico tipo de *Petra*, después de haber representado admirablemente el de *Juana de Arco* en el drama del Sr. Herranz *La Virgen de la Lorena*, alcanzando un verdadero triunfo.

#### Lucrecia Borgia.

Grande era el número de aficionados que en la noche del miércoles último había en el teatro de la Opera, para escuchar á un artista famoso, Jorge Ronconi. Los que oyeron hace veinte años al admirable intérprete de *I Puritani*, *María di Rohan*, *Élixir d'Amore* y tantas otras óperas, temían que el tiempo implacable hubiera causado estragos en las facultades del artista. Los que sólo conocían su fama, esperaban algunos destellos del genio que tan grande entusiasmo había producido en pasadas épocas. Para todos ha sido la representación de *Lucrecia Borgia* doloroso desengaño. Ronconi ha muerto ya para la escena, y no creemos que se presente más ante el público, ni que la citada ópera vuelva á ser cantada este año, á pesar de los laudables esfuerzos de la señora Penco.

N.

La crecida del Nilo en los últimos meses del año último ha sido tan extraordinaria, que únicamente por la gran energía de Khedive y el auxilio de las ciudades y pueblos cercanos se han podido evitar siniestros incalculables. El nivel del Nilo ha llegado á una altura de que no hay memoria. Más de 700.000 obreros se han ocupado durante mes y medio en restaurar y aumentar los diques existentes á medida que el agua iba subiendo. El peligro ha pasado ya, pero todavía dura la alarma en los pueblos comarcas.